
JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
LA CAMPANA DE JADE
Lectulandia

Cuando Amanda cumplió trece años, heredó de golpe una mansión y averiguó que era la última (glups) de una larga estirpe familiar dedicada a mantener el equilibrio entre las fuerzas del mal y las fuerzas del bien.

Junto a su amigo Eric, Amanda ha tenido que adaptarse a su nuevo instituto, a sus nuevos poderes y a sus nuevas actividades extraescolares: robar objetos peligrosos para la humanidad.

En esta nueva aventura, esta vez en Nepal, Amanda seguirá ahondando en sus orígenes, e intentará descubrir más sobre su madre y sobre su mayor enemiga, Irma Dagon.

Una nueva aventura de Amanda en su empeño por desentrañar los secretos de la mansión Black.

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

La Campana de Jade

Amanda Black - 4

ePub r1.0

Titivillus 01.10.2022

Título original: *La Campana de Jade*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2022
Ilustraciones: David G. Forés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara Montes quiere dedicar este libro
a su sobrino Alejandrillo.

Juan Gómez-Jurado quiere dedicar este libro
a sus hijos, Marco y Javi.

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda, no solo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Lo que más quiere en el mundo es a su madre y después a Amanda (aunque le gusta mucho Esme, la amiga de ambos).



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que

esta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: compañera de Eric y Amanda en el instituto. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida. Mientras tanto, se alegra de tener a Eric y a Amanda como amigos y de que le cuenten sus últimas aventuras (a ella también le gusta un poco Eric).



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



Nora: delegada de la gente de los subterráneos, un grupo clandestino que lleva siglos habitando en subterráneos secretos bajo la ciudad en la que viven los Black. Tras intentar establecer redes de comercio con la gente de arriba (los que viven en la ciudad) y fracasar, tuvieron que dedicarse a robar, si bien eligen siempre a sus víctimas entre los poderosos. La gente de los subterráneos cuenta con numerosos agentes distribuidos por todo el mundo. La tía Paula

está tratando de ganarse a Nora como aliada para la causa de los Black.

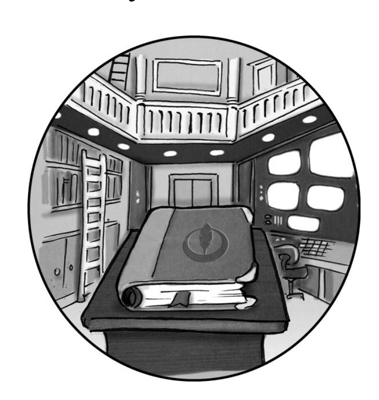


Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden hacer uso de ella para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).




EL DÍA QUE CUMPLÍ TRECE AÑOS RECIBÍ UNA CARTA MISTERIOSA.


ASÍ SUPE QUE SOY LA HEREDERA DE UN CULTO DEDICADO A LA DIOSA MAAT QUE SE REMONTA AL ANTIGUO EGIPTO.


¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? QUE DEBO SACAR DE LA CIRCULACIÓN OBJETOS QUE SEAN PELIGROSOS PARA LA HUMANIDAD.
Y POR «SACAR DE LA CIRCULACIÓN» ME REFIERO A ROBAR.
MI HERENCIA CONLLEVA ALGUNOS DONES, COMO UNA FUERZA Y UNA VELOCIDAD EXTRAORDINARIAS (SIN SER YO UNA SUPERHEROÍNA NI NADA DE ESO).

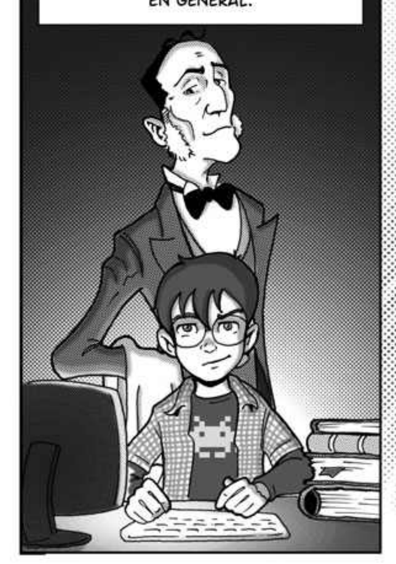
POR CIERTO, MIS PADRES DESAPARECIERON POCO DESPUÉS DE QUE NACIERA Y ME HE CRIADO CON MI TÍA ABUELA PAULA.





LA TÍA PAULA ME ENTRENA PARA DESARROLLAR AL MÁXIMO MIS HABILIDADES Y PODER LLEVAR A CABO TODAS LAS MISIONES CON ÉXITO.

TAMBIÉN CUENTO CON LA AYUDA DE BENSON, NUESTRO PECULIAR MAYORDOMO, Y LA DE ERIC, MI MEJOR AMIGO, UN GENIO DE LOS ORDENADORES Y DE LA TECNOLOGÍA EN GENERAL.



ME LLAMO

AMANDA BLACK

Y ESTA ES MI HISTORIA.

Prólogo

Con trece años es raro que te preocupes por tu propia muerte.

A no ser que seas la heredera de un culto a la diosa Maat que data del Antiguo Egipto y que te dediques a robar objetos que son peligrosos para la supervivencia de la humanidad, claro.

O que estés colgando de una sola mano de un precipicio en la cordillera del Himalaya. Eso también influye.

No creo que aguante mucho en esta situación, mi mano y mi brazo derechos empiezan a agotar sus fuerzas.

Bambolearme en busca de algo a lo que sujetarme con la mano izquierda tampoco ayuda.

Miro hacia abajo intentando calcular la caída.

Va a ser brutal.

Ni todos los dones Black funcionando al cien por cien van a conseguir sacarme de esta.

Y no están al cien por cien. Ni mucho menos.

Estoy agotada, hambrienta y congelada.

¿Que qué estoy haciendo aquí? Esa respuesta me la sé: estoy buscando una pista que me lleve hasta mis padres. O, al menos, hasta mi madre.

Empiezo a acusar el cansancio.

El frío atenaza mis extremidades a pesar de la ropa térmica especial que Benson hizo para mí.

Benson. Mi querido Benson.

De no ser por él jamás habría venido hasta el Himalaya. Él intentaba ayudarme a descubrir cosas que he de descubrir.

Pero esto no es culpa suya, él solo pretendía ayudarme.

Esto es culpa mía. Solo mía. Yo me empeñé en venir a pesar de las recomendaciones de la tía Paula.

Yo y solo yo me he metido en este lío por no prestar atención a las inclemencias del tiempo. Por no tener paciencia, por no esperar a que la tormenta pasase.

Y yo y solo yo soy responsable de salir con vida de esta situación.

Si salgo.

Más que nada porque aquí no hay nadie más.

Eric se encuentra en el monasterio donde nos alojamos. Él no podía acompañarme hasta la cima de la montaña… Tenía que hacerlo yo sola.

En fin, va siendo hora de tomar una decisión, no me queda mucho tiempo. Siento calambres en el brazo que me protege de la caída. O me pongo en marcha y hago algo por salvar mi propio culo, o lo pierdo.

Mi tía me ha enseñado que a la hora de tomar decisiones lo mejor que puedo hacer son listas de pros y contras. Ventajas e inconvenientes.

Bien, veamos:

Lo bueno es que, si me suelto del saliente al que estoy sujeta, no tendré que preocuparme más por todo el asunto que me ha traído hasta aquí.

Lo malo es que estaré muerta.

No me ha ayudado mucho esta lista… O puede que no la haya hecho bien… Ojalá estuviese aquí la tía Paula para preguntarle… Y, de paso, para que me sacase de este lío.

Por primera vez desde que acepté mi legado como heredera de los Black, no tengo ni idea de qué hacer.

Una voz llega desde arriba cortando en seco mis pensamientos.

—¡Amanda! ¡Vamos, agárrate a mi mano!

Conozco esa voz, pero, desde luego, no esperaba escucharla aquí, en una montaña, en medio de una tormenta de nieve.

No, aquí no.

Esa voz pertenece a fiestas lujosas con trajes de gala de precios prohibitivos, deliciosos canapés y cócteles de nombres impronunciables. A despachos en áticos. A mansiones inmensas y deportivos veloces y brillantes.

—¡Vamos, niña, no pierdas tiempo! ¡Sujétate!

Miro la mano que tengo frente a mí y dirijo la vista hacia la muñeca hasta llegar al codo. Mi mirada sigue trepando por ese brazo hasta alcanzar el rostro de la última persona que esperaba que me salvase de morir estampada contra el fondo de un precipicio.

Por fin, nuestras miradas se cruzan. La mía, sorprendida, la suya, expectante.

Irma Dagon.

Mi archienemiga.

Que vuelve a pedirme que coja su mano.

—¡Confía en mí!

No sé si estoy haciendo lo correcto; sin embargo, esa mano tendida hacia mí es lo único que me separa de una muerte segura.



Me bamboleo de nuevo y sus dedos se cierran con fuerza en torno a mi antebrazo izquierdo.

Justo a tiempo, porque en ese momento exacto, justo en ese, mi mano derecha decide que ya ha tenido más que suficiente y se suelta de la raíz a la que estaba sujeta.

Mi vida depende ahora de Irma Dagon.

1

Todo iba bien aquel sábado. Había pasado una semana desde el mejor baile de nuestra vida. También había sido el primer baile de nuestra vida, así que teníamos poco con lo que comparar.

El caso era que Esme, Eric y yo lo habíamos pasado genial bailando y riéndonos hasta las tantas. El lunes volvimos a nuestra rutina de clases, exámenes y tareas, a lo que en mi caso había que sumar las torturas a las que me sometía la tía Paula para convertirme en la mejor Black que pudiese llegar a ser, ya sabéis: idiomas, escalada, submarinismo, pilotaje de aviones, artes marciales… Y lo que fuese surgiendo.

Para ser justos, mi tía estaba siendo un poco menos severa de lo habitual. A lo mejor la cena que había compartido con lord Thomsing —con quien hablaba por teléfono casi a diario—, había ido mejor de lo que me había contado. No era que me hubiese contado mucho, ya que cuando le pregunté por la cena con nuestro amigo y aliado me había despachado con un simple: «Oh, muy bien, la lubina que sirven en ese restaurante es espectacular» y había seguido a sus cosas.

Tal vez yo tendría que haber sido más clara con mi pregunta. La calidad de la comida me interesaba entre poco y nada. Lo que yo quería saber era si ella y lord Thomsing habían decidido dar un paso más en su relación de amistad, si habían estrechado lazos… Vamos, resumiendo, que si estaban juntos.

Me caía muy bien lord Thomsing y, desde que había entrado en nuestras vidas, gracias a la búsqueda del amuleto de su familia, veía

a mi tía mucho más contenta y relajada. Además, hacían buena pareja. Y mi tía se merecía ser feliz después de todos los años que había pasado cuidando de mí.

En aquel momento, yo me encontraba en el campo de entrenamiento del jardín, saltando obstáculos, trepando por cuerdas y corriendo de un lado a otro en un intento por rebajar mis tiempos. Eric me cronometraba sentado en un banco mientras se comía un helado de tres chocolates.

—¡Corre, Amanda! Has tardado tres segundos más que antes… Estás perdiendo facultades.

—Ya me gustaría verte a ti haciendo esto —contesté por encima de mi hombro mientras escalaba por un muro. El sudor resbalaba por mi frente, pero ni eso podía hacer que perdiese el buen humor que tenía aquella mañana.

—¡Ja! ¡Buen intento…! Pero… ¡yo no soy un Black! ¡No tengo por qué hacer esas cosas! —dijo dándole un lametón a su helado.

Desde lo alto del muro, vi a Benson que salía por la puerta delantera de la mansión y encaminaba sus pasos en nuestra dirección. En sus manos portaba una bandeja y sobre ella tres vasos.

Descendí del muro de escalada con una pirueta y aterricé justo cuando el mayordomo alcanzaba nuestra posición.

—¡Benson! —Corrí hacia él—. ¿Me traes limonada de esa tan rica que haces tú?

—Por supuesto… Y algo más.

Cogí dos de los vasos y le tendí uno a Eric, que en ese instante terminaba su helado. A continuación, le quité al mayordomo la bandeja de las manos y con un gesto le invité a sentarse con mi amigo, dejé la bandeja en una mesa de piedra que había junto al banco. Al hacerlo, me fijé en un sobre que antes me había pasado desapercibido. Estaba segura de que el «algo más» que había mencionado Benson estaría relacionado con aquel sobre.

Me senté en el suelo y bebí dos largos tragos del refresco. Estaba muerta de sed.

—Vale, ahora dame el sobre —pedí, estirando el brazo para

coger aquel papel.

—Antes tenemos que hablar, señorita Amanda. —Benson apartó el sobre de mi alcance al decirlo.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte que no me llames señorita? Benson, tú eres mi familia, mi amigo… No quiero que vuelvas a llamarme señorita nunca más.

—Está bien, Amanda —accedió el mayordomo—. Aun así, tenemos que hablar antes de que te entregue lo que contiene este sobre. Eric, a ti también te interesa…

Mi amigo no dijo nada, pero algo en su actitud cambió de manera casi imperceptible. Toda su atención se centraba ahora en nuestro interlocutor, sin embargo, él apenas se había movido y continuaba dando pequeños sorbos a su limonada. Parecía distraído, pero yo sabía que no lo estaba. No lo estaba en absoluto. Si yo me perdía algo de lo que nos contase Benson, estaba segura de que Eric podría repetirlo palabra por palabra.

—Está bien, chicos —comenzó Benson—, hasta mí ha llegado el rumor de que, esta misma noche, Irma Dagon intentará robar un objeto del museo arqueológico de la ciudad.

—¿Qué objeto? —preguntó Eric.

—Se trata de una antigua daga… Sin embargo, no tenemos constancia de que ese objeto entrañe ningún peligro para la humanidad…

—No me importa —interrumpí levantándome—. Tal vez ella sepa algo que nosotros no sabemos. Si Irma Dagon quiere hacerse con esa daga, tiene que ser muy poderosa y, casi con total seguridad, peligrosa. Creo que tenemos que anticiparnos a ella y robarla. Si luego resulta que nos equivocamos, la devolveré. Lo prometo.

Benson asintió.

—Eso me parecía… —murmuró—. En fin, pongámonos en marcha, tenemos un robo que planificar.

Se levantó, recuperó la bandeja y caminó hacia la puerta de casa. En mi rostro se dibujó un gesto de sorpresa. Miré a Eric con

las cejas levantadas en un signo de interrogación y él se encogió de hombros.

—¡Espera! ¡Benson! —grité levantándome de un salto—. ¿Y el sobre?

—Mejor en el taller, Amanda —contestó sin detener su avance—. Mejor en el taller. No tenemos mucho tiempo para preparar la misión.

2

El taller, situado en el sótano de la Mansión Black, es el lugar en el que preparamos todas nuestras misiones. Se trata de un espacio inmenso de techos altos y paredes de ladrillo visto en el que se encuentra también la Galería de los Secretos, la cámara acorazada en la que los Black conservamos los artefactos que sacamos de la circulación para que nadie pueda hacerse con ellos. Nada de lo que entra en la galería vuelve a ver la luz del sol… Bueno, nada, excepto cierto amuleto perteneciente a la familia Thomsing, supongo que lo recordaréis, ya os hablé de ello.

En el taller también se encuentran los ordenadores, los trajes y todos los vehículos que utilizamos en nuestras misiones: helicópteros, aviones, automóviles, motocicletas, bicicletas, patinetes… ¡Y una lancha! Tras nuestra última aventura —y tras muchas súplicas—, la tía Paula había accedido a comprar una. Por suerte, en el taller contábamos con un pequeño muelle de atraque y una salida oculta que iba a parar al lago que había detrás de la Mansión Black. Desde el lago podíamos acceder al río que atravesaba toda la ciudad.

Benson había hecho algunas modificaciones a la lancha, si bien todavía no me había contado cuáles eran. Al fin y al cabo, hacía solo un par de días que la habíamos recibido.

Cuando Eric y yo llegamos, Benson nos estaba esperando sentado en la cabecera de la gran mesa de reuniones que presidía la zona del taller en el que se situaban los ordenadores. Nos acomodamos en sendas sillas a izquierda y derecha del mayordomo.

—Vale, ¿nos vas a enseñar ya lo que hay en ese sobre? —pregunté un poco molesta por tanto secretismo.

—Por supuesto —confirmó Benson mientras abría la solapa y extraía un documento del interior—. Esto que tenemos aquí es el mapa, incluyendo el sistema de seguridad, del museo arqueológico de la ciudad —continuó estirando el papel sobre la mesa.

Eric y yo nos inclinamos sobre él.

—Qué fuerte… Va a ser difícil —murmuró Eric casi para sí mismo siguiendo con la mirada los complicados trazos y líneas—. No hay muchos puntos muertos en las cámaras, voy a necesitar meterme en el sistema y cargar un bucle.

El mapa era muy grande, constaba de varios documentos. En ellos se veían, por un lado, un dibujo del alzado del edificio y junto a él, se situaban la planta y el perfil, un plano por cada piso del museo, cuatro en total, más un plano de los jardines. El museo arqueológico de la ciudad había sido construido en un castillo residencial del siglo XVI. En su parte delantera, un enorme jardín daba la bienvenida a los visitantes del museo. Su fachada, de piedra blanca, estaba salpicada de ventanas y ventanales que conferían al conjunto el aspecto de un palacio. Un palacio fuertemente vigilado, ya que en el plano podían verse todas las cámaras que vigilaban la fachada; en su parte trasera… Bueno, su parte trasera era un muro con una altura de cuatro pisos que daba al río… Más que dar, se sumergía en él. Era una auténtica fortaleza.

—Aun así… —dije sin separar la mirada del mapa—. No veo muchos lugares por los que poder colarme sin ser vista. El único punto débil del museo es la fachada que da al río… Y digo débil por decir algo… ¿Qué es esto? —pregunté señalando un círculo situado al pie de la fachada.

—Eso, mi querida niña, es un acceso a los antiguos túneles del alcantarillado, que ahora están en desuso.

—Podría entrar por ahí, ¿no? —Hasta yo misma pude escuchar la duda que manchaba la afirmación que acababa de hacer. No lo tenía nada claro.

—Podrías… Si fueses una rana —contestó el mayordomo. Eric y yo esperamos a que terminase. La sonrisa que rasgó su rostro nos decía que aún tenía algo que decir—. Ese túnel se encuentra al pie del muro y el pie del muro se encuentra en el lecho del río… ¿No tenías ganas de utilizar la lancha en alguna misión?

Mi rostro se iluminó para, a continuación, apagarse un poco. Había un pequeño problema.

—Ese túnel está por debajo del agua, la lancha no podrá pasar por ahí —afirmé algo decepcionada.

—La lancha no, pero una buceadora, sí —explicó Benson—. Necesitarás cortar una de las rejas, están hechas de una aleación bastante robusta, pero nada que no puedas atravesar con el equipo que tengo preparado para ti. Una vez superes la reja que tapa el acceso, tendrás que continuar buceando por esos viejos túneles, cargaré el mapa en tu reloj. —Se refería al reloj que me regaló mi tía Paula el mismo día que tomé posesión de la Mansión Black y que servía para mucho más que para dar la hora. Con él podía comunicarme con Eric, anular señales, trazar recorridos en zonas desconocidas y, por supuesto, llevar mapas en él para poder seguir rutas sin perderme—. Solo hay un pequeño problema, desconocemos los horarios de las rondas que hacen los guardias por la sala en la que se encuentra la daga.

—Ya no.

La afirmación hizo que Eric y yo girásemos nuestras cabezas en dirección a la voz. La tía Paula se encontraba sentada en uno de los sillones al frente de los ordenadores. El alto respaldo había impedido que la viésemos al entrar en el taller.

La tía Paula se levantó con unos papeles en la mano, los colocó frente a nosotros y tomó asiento en una de las sillas libres.

—Aquí tenéis los horarios de las rondas —comenzó mi tía señalando varias líneas sobre los documentos que acababa de poner frente a nosotros—. Hay una cada hora. El vigilante llega a la sala en la que se expone la daga entre diez y doce minutos después de haber comenzado, y eso es a cada hora en punto. La sala no tiene

más vigilancia que esa, no hay piezas muy importantes expuestas en ella. Hay también una alarma en cada una de las salidas, pero no nos incumben, no necesitas acercarte a ellas para nada.

—¿Hasta dónde puedo llegar buceando? —pregunté.

—Casi hasta la misma daga, cariño —dijo mi tía con una sonrisa —. En una de las esquinas hay un respiradero, tendrás que desatornillarlo y listo. Saldrás del museo por el mismo sitio, siguiendo la misma ruta por debajo del agua.

—¿Y la lancha? —preguntó Eric—. Alguien puede verla en el río y dar la voz de alarma.

—No si tú te la llevas una vez Amanda esté en el agua. Luego tendrás que volver a buscarla —dijo la tía Paula—. Un poco más adelante hay un pequeño meandro con árboles en las orillas entre los que podrás ocultarte con la lancha y seguirás estando dentro del alcance de la señal para subir el bucle de vídeo… Amanda, cuando tengas la daga, envía tu posición al reloj de Eric, así él podrá seguirte y sabrá cuándo volver a por ti.

—Entonces, la vamos a robar, ¿estamos todos de acuerdo? —Yo tenía claro que iba a hacerme con esa daga, con mi pregunta solo pretendía saber qué opinaba mi tía al respecto.

—Si esa mujer la quiere, nosotros la queremos —confirmó mi tía Paula.

—¿A pesar de no saber para qué sirve? —preguntó Eric.

—Sí, muchacho, a pesar de eso. Los Black no somos infalibles —continuó mi tía—. Dagon podría tener más información que nosotros sobre ese objeto. Si después averiguamos que no es peligrosa, la devolveremos, pero no podemos permitirnos dejar nada a la suerte. Un solo artefacto en malas manos podría significar el fin de la humanidad.

Estábamos decididos. Esa misma noche daríamos el golpe.

Solo esperaba llegar la primera hasta la daga.

Aquel robo era una carrera contrarreloj.

3

El museo cerraba sus puertas al público a las 20.00 horas y, en ese mismo momento, comenzaba la limpieza de las salas, tiendas y cafeterías del edificio. Algunos empleados se quedaban hasta más tarde, preparando la jornada del día siguiente. No obstante, las oficinas estaban situadas en el sótano, así que no nos preocupaba mucho. Era muy difícil que nos cruzásemos con alguno de ellos. Y si lo hacíamos… Bueno, tendríamos que improvisar, esta vez no había tiempo para preparar un plan B.

A las 21.00 horas, el último empleado de limpieza abandonaba el museo y comenzaba la primera ronda de los vigilantes. Cuando empezase esa primera ronda, yo tendría que haber llegado ya al respiradero que había en la sala donde se exponía la daga. Una vez los guardias hubieran pasado, sería el momento de entrar en acción.

Mi problema principal era el equipo de buceo. Tendría que quitármelo para entrar en el museo. Si lo fijaba mal a la rejilla, podría perderlo y tendría un problema muy gordo para salir de allí sin ser vista.

Por si acaso, había estudiado el plano de la sala para buscar una ruta alternativa… La única viable se encontraba en una cúpula que se alzaba unos ocho metros sobre la vitrina en la que se exponía la daga y en la que había una pequeña ventana.

Alcé la vista hasta la parte alta del muro exterior del museo.

La lancha se mecía con suavidad sobre las aguas del río. Era muy veloz, apenas nos había llevado unos minutos llegar desde el taller hasta el edificio del museo… El motor era increíblemente

silencioso, gracias a las modificaciones que le había hecho Benson.

—¿Estás preparada? —La voz de Eric me sacó de mis pensamientos.

—¿Eh…? Sí, sí, claro que estoy preparada —contesté todavía con la cabeza puesta en la ruta alternativa de escapada.

—Si pasa algo, me lo dices. Y no te olvides de enviarme tu posición una vez la daga esté en tu poder.

—Sí, por supuesto, no te preocupes —contesté todavía distraída.

—¿Sucede algo, Amanda? —preguntó mi amigo.

Guardé silencio antes de contestar.

—No, nada, es solo que… ¿Qué hacemos si se me adelanta Irma Dagon?

—No pienses ahora en eso, no va a pasar. Y si pasa, se la robaremos a ella también. Eres la mejor ladrona del mundo, no lo olvides.

—Gracias, Eric —contesté con una media sonrisa.

No les había dicho nada a mi tía ni a Benson, pero me preocupaba que no supiésemos nada de aquella daga, que no hubiésemos descubierto nada. Y me preocupaba todavía más que Irma Dagon la quisiera. Algo estaba mal en aquella misión, pero no sabía qué era.

Había mirado en el manifiesto de los Black y me había dado cuenta de que faltaban un par de páginas en la sección de «Objetos peligrosos no localizados». Habían sido arrancadas.

Un pálpito me decía que en las páginas desaparecidas estaba la información que andábamos buscando.

¿Pero quién podría haberlas arrancado?

Ese manifiesto llevaba trece años sin ser abierto…

O eso pensaba yo.

Me coloqué la máscara sobre la cara y la ajusté. Prefería bucear solo con regulador, me sentía más cómoda, pero con él puesto no podría comunicarme con Eric. En esta ocasión, me tocaba usar la máscara de cara completa. Comprobé de nuevo todo el equipo y me dejé caer de espaldas a las aguas.

La sensación de recibir el abrazo del río me encantó. Desde el primer día de entrenamiento, me había gustado lo que sentía al bucear. Esa libertad y ligereza que te proporcionaba el hecho de poder avanzar bajo las aguas escuchando tan solo el sonido de tu respiración era algo que muy pocas cosas podían igualar.

Me giré ya debajo de la superficie y comencé a descender. Apenas veía nada, la noche había comenzado a caer sobre la ciudad, pero preferí no encender el foco hasta no alcanzar el lecho del río.

Cuando mis rodillas tocaron el fondo, me permití un poco de luz para encontrar la reja que tendría que cortar. Cuando localicé la entrada, me puse manos a la obra.



Me llevó un rato.

Un rato largo. Muy largo.

Pero lo conseguí.

Dejé el soplete y los taladros que había utilizado para abrirme camino junto a la entrada, lastrados para que no flotasen o fuesen

arrastrados por la corriente. Lo recuperaría todo después, al marcharme.

Entré en el túnel y encendí el foco que llevaba en la frente.

Solo vi negrura.

No me quedaba mucho tiempo si quería cumplir con el plan, así que comencé a avanzar.

Benson había modificado la máscara para que el mapa del reloj apareciese en los laterales del visor; de esta manera yo no necesitaba ni mirar la muñeca.

—Eric, ya estoy dentro. Carga el bucle en el vídeo de las cámaras de seguridad.

—Está hecho.

—Ah… Vale… Qué rapidez.

Pude escuchar cómo a Eric le sonaba el móvil.

—Uy, mira, es Esme… Voy a ponerla en manos libres y así tú también puedes charlar con ella —dijo mi amigo.

—¡No! Esp… —Intenté negarme.

—¿Hola? ¿Eric? ¿Qué tal? Me apetecía mucho charlar contigo… ¿Te pillo haciendo algo? —saludó Esme sin saber que yo también estaba en esa llamada.

—No, no te preocupes, estoy con Amanda… Saluda, Amanda —pidió mi amigo risueño.

—Estooo… Hola, Esme, ¿qué tal? —dije, avergonzada, sin dejar de bucear por aquellos túneles. Iba a tener que hablar con Eric. Mi amigo era tan ingenuo para algunas cosas que no se daba cuenta de que Esme le había llamado a él porque quería charlar con él. Solo con él. Tenía que inventarme algo para darles un poco de intimidad —. Eric, creo que me voy a desconectar, necesito concentrarme…

Era mentira, por supuesto, pero Eric no tenía por qué saberlo.

—No, no… espera, Amanda… —Eric no lo había pillado—. Esme, te llamamos luego, que ahora estamos en medio de una cosa.

Eric cortó la llamada.

—Eric, eres tonto —dije entre divertida y enfadada—. No necesito concentrarme, esto es pan comido.

—¿Entonces?

—Solo intentaba que charlaseis a solas.

—Ah… pero… yo… —balbuceó mi amigo sin terminar de entenderlo.

—Vamos a ver, Eric, Esme te estaba llamando a ti. Lo mismo empieza a cansarse de que cada vez que te llama, yo esté alrededor. Llámala tú y habla con ella… SOLO CON ELLA… Y discúlpate, anda, no quiero ser la culpable de que lo vuestro no funcione.

—Pero tú ahora me necesitas… —Intentó defenderse mi amigo.

—No, no te necesito. Te necesitaré cuando haya robado la daga, ahora solo necesito avanzar más rápido porque llevo tres minutos de retraso con respecto a lo previsto y tú no puedes hacer nada para ayudarme, es cosa mía. LLAMA A ESME.

—Vale —aceptó Eric a regañadientes—, pero cuando me mandes la señal, iré a buscarte.

—Eso no lo dudo.

Corté la comunicación para que no tuviese tentaciones de volver a meterme en la llamada con Esme y me centré en los giros que me quedaban por delante, solo me faltaba equivocarme en alguno para terminar de cagarla en aquella misión.

Si Irma Dagon llegaba antes que yo, todos nuestros esfuerzos habrían sido inútiles.

4

Llegué al respiradero justo cuando la ronda de vigilancia entraba en la sala.

Todo estaba a oscuras, apenas unas pocas luces brillaban en algunas de las vitrinas. Una de ellas era la que exponía la daga, situada muy cerca del lugar en el que me encontraba yo.

Los haces de las linternas de los vigilantes rebotaban en las paredes de la sala rectangular y atravesaban las cárceles de vidrio que guardaban las piezas en su interior. El único sonido que se escuchaba era el «cloc, cloc» de los tacones de las botas de los guardas sobre el brillante mármol de los suelos.

Iba con mucho retraso respecto al horario fijado. Mientras los guardias caminaban por la sala revisando vitrinas y expositores, yo no podía desatornillar la tapa del respiradero, ya que podrían escuchar si hacía algún ruido. Tendría que hacerlo una vez que abandonasen el lugar. Descendí unos metros para quitarme el equipo de buceo sin que el chapoteo de mis movimientos delatase mi posición.

Una vez libre del pesado *jacket* y de la botella, volví a ascender para atarlo al agarradero que había junto a la reja. Mientras lo ataba, mis ojos vislumbraron un movimiento sobre la vitrina de la daga. Aseguré el equipo con un último tirón a la tira del jacket y centré toda mi atención en aquella zona. Incluso a tanta distancia, pude reconocerla, oculta entre las sombras. Había estudiado a aquella mujer al milímetro cuando tuve que recuperar la llave de diamante que abría la Galería de los Secretos. Su economía de

movimientos era muy característica: nunca daba dos pasos si podía llegar a su destino en uno; nunca decía cinco palabras si podía hacerse entender con tres… Y su pelo, rubio, casi blanco, eso también me ayudó a reconocerla, puesto que se le habían escapado algunos mechones de la capucha que llevaba puesta.

Irma Dagon.

Supuse que la mujer habría entrado por la ventana de la cúpula, la misma que yo pensaba utilizar como ruta de escape en caso de perder mi equipo de buceo. Irma se escondía entre las sombras de la cúpula, preparada para hacerse con la daga tan pronto como los vigilantes se largasen.

Maldita sea, no podía perder ni un solo segundo, tenía que comenzar a desatornillar aquella reja o se me adelantaría.

Saqué el destornillador del bolsillo de la pernera de mi traje y me apliqué a la tarea intentando no hacer ruido.

Conseguí sacar el primer tornillo cuando los vigilantes pasaban frente al respiradero en el que yo me encontraba. Me detuve mientras pasaban para evitar que me descubriesen.

Calculé que en apenas un minuto aquellos hombres abandonarían la sala y continuarían con su ronda… Lo que significaría que Irma llegaría a la daga primero y yo habría fracasado en mi misión.

Saqué el segundo tornillo.

El tercero se me resistió un poco. Los pasos se alejaban en dirección a la entrada.

No me quedaba mucho tiempo.

Alcé la mirada hacia la cúpula.

Irma Dagon observaba a los vigilantes, preparándose para entrar en acción tan pronto como saliesen de la habitación.

Empecé a desatornillar el cuarto y último tornillo al mismo tiempo que Irma Dagon comenzaba a descolgarse desde la cúpula.

Ya no me importaba el ruido, los vigilantes se habían ido a seguir haciendo sus cosas de vigilantes, allí solo estábamos Irma y yo.

Por fin conseguí liberar el último tornillo. Aparté la reja de un empujón y salí del respiradero a la carrera.

Irma se encontraba junto a la vitrina, que ya estaba abierta y sujetaba la daga entre sus manos.

—Dámela —susurré cuando llegué junto a ella.

—Sabía que vendrías —dijo sin mirarme. Observaba la daga con curiosidad.

En sus labios se dibujó una mueca extraña y una de sus cejas se levantó en un gesto casi humorístico.

Yo estaba dispuesta a lanzarme en su dirección, a pelear por la daga con todas mis fuerzas.

Para lo que no estaba lista era para lo que hizo Irma a continuación.

—Toma —dijo lanzándome la daga, que dibujó un suave arco en el aire antes de caer en mis manos. La cogí y la sujeté contra el pecho sin entender nada.



—Qué… Yo… ¿Por qué…? —balbuceaba a la vez que intentaba que mi cerebro formase alguna frase con sentido. No lo logré.

—Es falsa —explicó Irma.

—¿Falsa? —La pregunta me sonó estúpida hasta a mí, pero me encontraba tan sorprendida que no daba para más.

—Sí, falsa, Amanda… Por cierto, encantada de conocerte —dijo la mujer extendiendo su mano en mi dirección. Se la estreché casi por inercia—. Ya iba siendo hora de que nos pusiéramos cara.

—¿Qué quieres decir con que la daga es falsa? —insistí.

—Que no es auténtica —dijo con una sonrisa ladeada y la ironía tiñendo su voz—. A mí no me sirve, necesito la auténtica, pero la imitación es bastante buena. Puedes utilizarla para encontrar a la persona que la ha robado… quien, por cierto, se nos ha adelantado a las dos… —Hizo una pausa antes de continuar—. Sigue siendo la mejor —murmuró casi para sí misma meneando la cabeza—. Estoy segura de que querrás conocerla.

—¿Por qué iba a querer conocerla? —pregunté.

—Eso se lo tendrás que preguntar a Paula… ¿Sigue tan bien como siempre?

—S… Sí… Mi tía está muy bien… ¿Cómo…?

Irma Dagon lanzó una carcajada risueña. Su risa era clara, alegre, casi contagiosa.

—¿De verdad tu tía no te ha hablado de mí? —preguntó Irma entre sorprendida y divertida.

—No… No mucho… Lo justo para saber que nos robaste la llave de diamante…

—Oh, vamos —me interrumpió—. ¿No me guardarás rencor por eso? Tenía que hacerlo, tenía que saber cuándo aparecerías, sabía que lo harías. Y sabía que, cuando por fin tu tía y tú salieseis del agujero en el que estabais escondidas, lo primero que haríais sería recuperar la llave de diamante. En todos los años que la tuve en mi poder, nunca la utilicé… Eso debería haberte dado una pista.

Aquella revelación hizo girar el mundo bajo mis pies.

Irma nunca intentó usar la llave de diamante.

La mansión Black, abandonada y semirruinosa durante años, había sido un objetivo fácil para ella. Y a pesar de eso… nunca había robado nada de la Galería de los Secretos.

—Síguele la pista a la ladrona de la daga… Tal vez, si la encuentras, puedas averiguar cosas que necesitas saber. Sobre ti,

sobre tu familia.

—¿Y por qué no me las dices tú?

—Porque no me creerías —dijo encogiéndose de hombros—. Ahora, si me disculpas, tengo mejores cosas que hacer que pasar el resto de la noche en el interior de una celda.

Dio un leve tirón a la cuerda que la sostenía por la cintura y comenzó a ascender a toda velocidad en dirección a la cúpula.

Yo me quedé junto a la vitrina, todavía con la daga falsa entre mis manos, viendo cómo se alejaba de mí, al tiempo que las alarmas saltaban en todo el museo. Cuando llegó a la ventana, Irma se dio la vuelta, me miró y agitó su mano en señal de despedida antes de desaparecer.

Todavía me costó un par de segundos más reaccionar, y eso que los gritos de los vigilantes resonaban en los pasillos, cada vez más cerca.

¿Qué acababa de suceder?

Miré la daga planteándome si devolverla a su vitrina o llevármela.

No era auténtica, de acuerdo, pero Irma había dicho que podría conducirme hasta el ladrón… Y eso, a descubrir cosas sobre mi familia.

Me guardé la daga en el bolsillo y emprendí el camino de vuelta, justo cuando los haces de las linternas anunciaban la llegada de los vigilantes. Por pocos segundos no me pillaron, aunque eso no era lo que más me preocupaba.

No sabía qué estaba pasando, pero tenía claro que iba a averiguarlo.

5

—Tienes que entrar en esas grabaciones, Eric.

Mi amigo me había recogido en la lancha, pero antes de dirigirnos a casa le había pedido ir de nuevo al escondite entre los árboles del meandro. Necesitaba hablar con él. Solo con él.

Me llevó pocos minutos ponerle al corriente de lo sucedido en el interior del museo y de mi conversación con Irma Dagon. Eric no las tenía todas consigo, podía verlo en su cara. Necesitaba hacer algo para convencerle.

—Por favor, ayúdame —añadí poniendo mi mejor cara de cachorro abandonado.

—¡No me mires así! Sabes que no puedo resistirme a esa mirada de cachorro abandonado… A ver, déjame ver la daga —accedió por fin.

—Es falsa —dije pasándosela.

—Eso es lo que dice esa mujer… ¿Por qué confías en ella? —preguntó Eric.

—No confío. Por eso necesito que tú sí confíes en mí y hagas lo que te estoy pidiendo. Puede que no sea nada… o puede que sea algo. Algo importante para mí.

Eric ignoró mi comentario y fijó su atención en la daga. Pasó los dedos por la empuñadura de jade. En la oscuridad no podía ver bien el grabado que adornaba aquella piedra verde, por lo que tuvo que encender la linterna.

—Tendré que escanear esto —comentó sin apartar la mirada del cuchillo.

—Necesitamos encontrar toda la información que haya sobre esta daga… Averiguar por qué es importante. Benson dijo que no había encontrado nada que indicase que era un objeto peligroso, pero… —Dejé el final de la frase en el aire. No estaba lista para hablarle a Eric sobre las páginas robadas.

Tras una pausa, mi amigo me miró a los ojos y asintió con un suspiro.

—Está bien, me meteré en las grabaciones del museo y buscaremos al ladrón… Pero no sabemos cuándo ha dado el cambiazo —avisó mi amigo—. Podría llevarnos mucho tiempo encontrarlo.

—Bueno, el primer paso será hablar con Benson. Necesitamos saber quién le avisó de que la daga iba a ser sustraída, eso nos dará una pista de cuándo, más o menos, se produjo el robo. Y si eso no sirve, empezaremos por las grabaciones de esta noche e iremos hacia atrás.

—Vale, permíteme que corrija lo que he dicho antes: no, no podría llevarnos mucho tiempo… Va a llevarnos mucho tiempo —zanjó con un resoplido.

—Eres el mejor amigo del mundo —dije abrazándole.

—Vale, vale, ya sabes que no puedo negarte nada —rio mi amigo.

Teníamos un plan y una pista por la que empezar a tirar del hilo.

Nada más llegar a la Mansión Black, Eric y yo convocamos una reunión de urgencia con la tía Paula y con Benson. Necesitábamos explicarles lo sucedido en el museo.

Tras una detallada narración por mi parte, llegó la hora de presentarles el plan que había trazado con ayuda de Eric.

—Voy a encontrar a ese ladrón. —No lo pregunté, lo afirmé. Nada de lo que me dijesen iba a hacerme cambiar de opinión—. Benson, ¿quién te dio el soplo del robo?

No me pasó inadvertida la fugaz mirada que el mayordomo le lanzó a la tía Paula, si bien esta no se dio cuenta.

—Su nombre en clave es Drachen.

—¿Y quién es ese Drachen? —pregunté.

—Eso no se lo puedo decir, señorita Amanda, pero es alguien de mi total confianza. —Benson había utilizado de nuevo el «señorita» aun sabiendo que yo lo odiaba. Además, había elegido sus palabras con cuidado. Preferí no continuar indagando, no obstante, hice una nota mental para preguntarle en otro momento, cuando estuviésemos a solas.

Le guiñé un ojo a Benson sin que mi tía ni Eric me viesen y cambié de tema.

—Eric, cuéntanos qué has averiguado sobre la daga.

—Veamos… El jade es una roca metamórfica que se lleva usando desde hace más de cinco mil años en objetos ornamentales… —comenzó mi amigo.

—¿Hay una versión corta?

Eric puso los ojos en blanco. Yo me sentí un poco mal por cortarle cuando se estaba luciendo. Un poco, pero no mucho.

—La web del museo fecha la daga en torno al año 1400 en Nepal. Con muchas interrogaciones.

—Vamos, que no saben cuándo se hizo.

—Apenas se sabe nada sobre la daga. Se cree que los grabados en la empuñadura son un mapa que, según la leyenda, te guía hasta algo llamado «la Campana de Jade».

—¿La Campana de Jade? —pregunté.

—A mí no me mires, no tengo ni idea de qué es eso —se defendió mi amigo—. Estoy escaneando la empuñadura de la daga falsa para compararla con las imágenes existentes de la auténtica. Si es un mapa, imagino que lo que el ladrón está buscando en realidad es esa misteriosa Campana de Jade…

—Genial, parece un buen comienzo. —Eric iba bien encaminado y eso que no hacía ni media hora que habíamos vuelto a casa—. El siguiente paso es averiguar cuándo fue robada la auténtica. Para ello, Eric se va a meter en las grabaciones de vídeo del museo hasta dar con las de la noche del robo.

—Me encargaré de investigar sobre la Campana de Jade —se ofreció mi tía Paula—. Nunca he oído hablar de ella…

—De acuerdo, pero una vez demos con el ladrón, te necesitaré… Y no solo a ti, también a Nora. Si conseguimos una imagen de su rostro, tal vez vosotras podáis reconocerlo.

—Dalo por hecho, cariño —dijo mi tía—. Y ahora, ya está bien de trabajo por hoy, es tarde y tenéis que estar hambrientos. ¡Venga, lavaos las manos y a cenar!

6

Los días posteriores al robo de la daga, Eric y yo pasamos casi todo nuestro tiempo libre en el taller. Mi amigo se introdujo en la red del museo y comenzamos a revisar las imágenes.

Nos llevó varios días porque, cómo no, teníamos que ir a clase, hacer los deberes, estudiar y todas esas cosas que tenemos que hacer los adolescentes normales… Sin contar con los entrenamientos y esas cosas que tenemos que hacer los adolescentes no tan normales, como, por ejemplo, yo.

Además, insistí —mucho, muchísimo— en que Eric quedase con Esme.

Me costó bastante convencerle, estaba empeñado en que yo le necesitaba… Como si yo no fuese capaz de encontrar el vídeo de un robo en un museo que apenas recibía visitas… En fin.

Lo que no le había contado a Eric es que Esme me había llamado el lunes después de clase para preguntarme si a Eric le pasaba algo con ella, que no había vuelto casi a dirigirle la palabra desde la noche del Baile del Último Minuto y que solo hablaban cuando estaba yo delante. Mi amiga empezaba a estar un poco agobiada por la actitud de Eric… Y un poco harta. Eso también.

Yo sabía que a Eric le gustaba mucho Esme, así que tampoco terminaba de entender qué estaba pasando. No quería que lo dejasen por mi culpa, así que me tocó hacer el trabajo que parecía que él no estaba dispuesto a hacer, o lo que es lo mismo, le pedí una cita a Esme en nombre de Eric y después le convencí para que fuese a ella.

Como decía, me costó muchísimo, pero, de todos modos, lo conseguí —cuando me propongo algo puedo ser muy cabezota— y aquella tarde habían quedado para ir al cine mientras yo repasaba los vídeos del museo.

Habíamos comenzado por la noche en la que nosotros —e Irma Dagon— habíamos entrado a robar la daga y ya habíamos visto los dos días anteriores, me tocaba revisar las grabaciones de tres días antes del golpe.

Apenas me di cuenta del paso del tiempo. En algún momento de la tarde, Benson entró en el taller para traerme un vaso de leche con galletas que devoré sin separar los ojos de la pantalla y, no mucho después de eso —o a mí me pareció no mucho después—, Eric entró, arrastró una silla desde la mesa de reuniones haciendo todo el ruido del mundo y se sentó a mi lado. O más bien se desplomó en el asiento. No se le veía muy contento.

—Ya estoy aquí —dijo mi amigo.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —Miré el reloj que adornaba mi muñeca… Habían pasado tres horas y media—. Vale, lo retiro, no es tan pronto. ¿Qué tal con Esme?

—Bien, bien… ¿Qué tenemos aquí?

—Nada. Nada de nada. —Por fin le miré—. Cuéntame, ¿habéis hablado?

—¿Quién? —Intentó esquivar mi pregunta. Le salió mal.

—¿Quién va a ser? ¡Esme y tú…!

—Sí… Sí, claro. —Eric parecía abatido, tampoco se le veía con muchas ganas de hablar. Algo no iba bien; no obstante, preferí dejar el interrogatorio a uno de los miembros de mi pareja favorita para un poco más tarde.

Continuamos en silencio, mirando las imágenes de vídeo que pasaban ante nuestros ojos a una velocidad acelerada. No mucho después me levanté para ir al baño.

Cuando me estaba lavando las manos, me llegó la voz de Eric.

—¡Amanda! ¡Aquí! ¡Corre, ven!

Por supuesto, mi amigo se va al cine, disfruta de una tarde con

Esme haciendo vida normal, sin preocupaciones y, aun así, es él quien encuentra al ladrón. Resoplé y me sequé las manos a toda velocidad antes de salir del cuarto de baño.

Al marcharme, Eric se había apropiado del sillón frente al ordenador. Ahora, sentado delante de la pantalla, se inclinaba sobre ella como si se la quisiera comer. Había parado el vídeo en la cuarta noche antes de mi fallido intento de robar la daga.

—Espera, voy a avisar a la tía Paula y a Benson —pedí.

Mi amigo aprovechó para rebobinar el vídeo un poco.

Marqué una secuencia de botones en mi reloj y le di a la tecla enviar. Poco después, los dos adultos entraban en el taller.

—Creo que lo he encontrado —explicó Eric por encima de su hombro. Yo puse los ojos en blanco sin que me viese—. ¡Qué fuerte! Sentaos, por favor.

Nos acomodamos a su alrededor y Eric pulsó la tecla espaciadora. Las imágenes congeladas de la pantalla cobraron vida.

Era de noche, el reloj en la esquina inferior derecha de la imagen marcaba las 3.17 am. En la sala del museo todo estaba tranquilo, casi a oscuras. Por la hora que era, acababa de pasar la ronda de vigilancia. Una figura delgada descendió de un salto desde la cúpula. «Así que había entrado desde arriba, como Irma Dagon», pensé; sin embargo, no llevaba cuerdas ni arnés ni nada que pudiésemos ver.

Mi tía, sentada junto a mí, ahogó un grito llevándose una mano a la boca. Sus ojos se abrieron sin creer lo que veían.

En el vídeo, la figura, vestida de negro de los pies a la cabeza, avanzaba despacio hasta la vitrina en la que se conservaba la daga. No podíamos verle la cara. Su caminar era lento, pero, al mismo tiempo, parecía que sus pies apenas rozaban el suelo. Como una pantera que se prepara para atacar a su víctima. El vídeo no tenía sonido, pero yo estaba convencida de que, de haberlo tenido, aquella figura que avanzaba en la pantalla, tampoco habría hecho ningún ruido.

La tía Paula se acercó más a la imagen, todavía tapándose los

labios con la mano. Fijó sus ojos, muy abiertos, en el ladrón, siguiendo todos sus movimientos.

Del bolsillo del lateral de su pantalón, sacó una ganzúa y en apenas unos segundos abrió el expositor. A continuación, su mano se aproximó al pecho del traje, de donde extrajo la imitación del cuchillo que ahora se encontraba en nuestro poder.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de mi tía. Yo no entendía el porqué de su llanto. Nunca había visto llorar a la tía Paula. Estiré el brazo para parar el vídeo, pero ella me lo impidió, así que solo pude cogerle la mano. Le di un apretón con el que pretendía decirle sin palabras que fuese lo que fuese lo que sucedía, lo solucionaríamos. Ella me lo devolvió sin atreverse a mirarme. Estaba segura de que más adelante mi tía me contaría qué ocurría.

En la pantalla, el ladrón dio el cambiazo a la pieza del museo, cerró la vitrina y, con un salto imposible, salió por el mismo lugar por el que había entrado.

En total, el robo le había llevado aproximadamente un minuto.

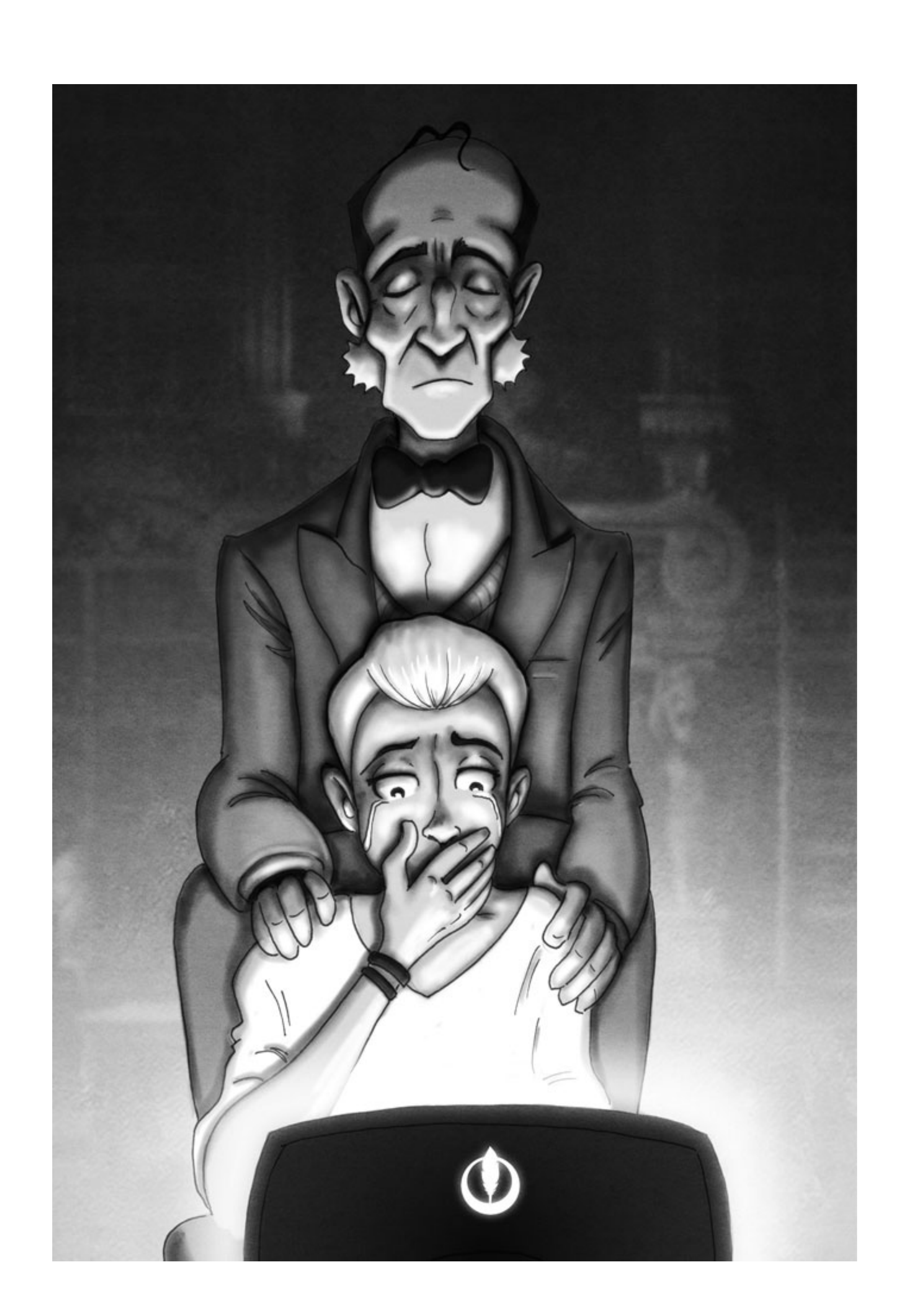
Eric pausó el vídeo y giró un poco el sillón para dirigirse a nosotros, paré sus palabras con un gesto de la mano.

La tía Paula continuaba llorando, sin apenas poder hablar; Benson, situado de pie detrás de ella, había cerrado los ojos, sus hombros se habían hundido y negaba con la cabeza en un gesto de derrota.

Eric y yo nos miramos de reojo sin saber muy bien qué hacer ni qué pensar.

Que allí estaba pasando algo muy gordo era obvio.

Que no pensábamos salir del taller sin averiguar lo que era, también.



7

—No… no puedo creerlo —dijo la tía Paula, al cabo de un rato.

Esperé un poco a que se calmase.

—Amanda, yo…

No dije nada. Fuera lo que fuese, el corazón me decía que tenía que dejar que fuera capaz de soltarlo por sí misma.

—Es Cassandra. Mi sobrina. Es tu madre, Amanda.

La noticia me golpeó como un mazo de acero. Me dejó sin respiración. Sin capacidad de pensar, de hacer o de decir nada.

—Cóm… Qué… No… No… —Un montón de palabras se agolpaban en mi boca y peleaban por salir de ella, pero ninguna terminaba de formarse con un mínimo de coherencia para que el resultado fuese comprensible para el oído humano.

Eric, a mi lado, pasó uno de sus brazos sobre mis hombros en un gesto protector que agradecí. Benson había ido a la cocina para preparar cacao para todos, insistía en que una bebida caliente nos haría bien tras el impacto de la noticia.

Por fin pude formular la pregunta que no había sido capaz de hacer antes.

—¿Cómo lo sabes, tía? —Mi voz temblaba—. Me dijiste que mis padres estaban muertos… Yo pensaba que… ¡No puede ser ella…! Mi madre está muerta…

La tía Paula asintió en silencio, sus ojos fijos en el suelo. Por fin levantó la mirada hasta encontrarse con la mía y volvió a asentir.

—Es ella, mi niña —dijo.

—¿Cómo has podido reconocerla? No se le veía el rostro…

Mi tía se levantó de la silla y se acercó a mí. Cuando llegó a mi altura, me soltó del abrazo de Eric, puso ambas manos sobre mis hombros y se agachó para que nuestros rostros estuviesen a la misma altura.

—Cariño, reconocería a tu madre en cualquier sitio —dijo con pesar en la voz—. Su forma de moverse es inconfundible; ese andar felino, como un gato perezoso jugando aburrido con un ratón. Además, mira. —Se separó de mí y se acercó a la pantalla del ordenador, retrocedió unos segundos la grabación y, a continuación, amplió la imagen del ladrón en el momento en el que había sacado la ganzúa. En ella había grabadas dos letras: CB. Cassandra Black—. Yo le regalé esa ganzúa cuando comenzó a entrenar. Es ella. Sin duda.

—Pero… pero tú me contaste que mis padres estaban muertos… No entiendo nada.

—Y eso es lo que yo creía, cariño. Busqué a tus padres durante mucho tiempo sin encontrar nada, ninguna pista que pudiera llevarme hasta ellos… Y ahora… —La tía Paula hizo una pausa buscando palabras que diesen algún sentido a lo que acababa de descubrir—. Ahora ya no sé qué pensar. No entiendo que no haya querido ponerse en contacto con nosotras… Contigo.

—Tengo que encontrarla. Cueste lo que cueste.

—No, Amanda, por favor —suplicó mi tía de nuevo con lágrimas en los ojos—. No la busques. Nada bueno puede salir de todo esto.

—¿Por qué? Si está viva, tengo que saberlo —me rebelé—. ¿Por qué tiene que ser malo que vuelva a tener una madre?

—Porque durante trece años ella no ha querido que lo supiésemos… Hay algo en todo esto que no me gusta, no me gusta nada, Amanda…

—Tengo que hacerlo, tía —la interrumpí.

—No, no tienes que hacerlo —insistió desesperada.

—Tengo que hacerlo. Quiero hacerlo.

—No. No te lo permitiré. Te lo prohíbo.

Me separé de la tía Paula. ¿Por qué no me entendía? ¿Por qué no

me apoyaba?

Mi tía sabía mucho más de lo que estaba dispuesta a revelarme y, si ella no me lo quería contar, tendría que descubrirlo por mí misma.

Y estaba decidida a hacerlo.

8

Ante mí tenía un dilema.

Uno muy importante.

Tal vez el más importante de mi vida.

Por un lado, deseaba ir a buscar a mi madre, encontrarla y, una vez lo hubiese hecho, averiguar por qué me había abandonado. Por qué había desaparecido hacía trece años haciendo creer a mi tía Paula que había fallecido en el Himalaya. Tenía que haber un motivo. Uno muy poderoso… Y, por su bien, esperaba que uno, además, muy muy válido. De lo contrario… Bueno, de lo contrario no sabía qué pasaría, ya se me ocurriría algo.

Por otro lado, yo no quería decepcionar a la persona que se había hecho cargo de mí sin pedir nada a cambio durante todos estos años, la persona que me había cuidado, me había educado, me había consolado cuando estaba triste y se había reído con mis chistes… En resumen, la persona que llevaba trece años dándome lo que mis padres no me habían dado: amor.

Mi tía Paula era lo más importante para mí.

Y yo para ella.

El cariño, el respeto y el amor que sentíamos la una por la otra era auténtico. El más auténtico que nadie pudiese imaginar.

La tía Paula siempre me había permitido tomar mis propias decisiones, en algunas ocasiones me había equivocado y ella siempre había estado ahí para recordarme que no importaba equivocarse, que lo importante era aprender de ese error y que ella siempre iba a estar ahí para apoyarme y ayudarme; por eso no

entendía que, en esta ocasión, fundamental para mí, actuase de manera diferente. ¿Por qué se negaba a permitirme que buscase a mi propia madre? ¿Tenía miedo de perderme? ¿Creía que la dejaría de lado si encontraba a mis padres? O, tal vez, ¿había algo más que no me estaba contando?

Era consciente de que, hiciese lo que hiciese, tomase la decisión que tomase, cambiaría nuestra relación para siempre.

Si yo accedía a cumplir los deseos de mi tía, no creía que pudiese mirarla de nuevo a la cara sin recordar su negativa a apoyarme en esto. Por el contrario, si yo continuaba adelante con mi idea de buscar a mi madre, no sabía si mi tía podría perdonármelo.

Estaba ante una encrucijada. Y tenía que decidir por mí misma.

Me sentía muy sola.

Acababa de enterarme de que mi madre seguía viva. Tal vez mi padre también lo estuviese.

Y yo quería conocerlos, quería saber por qué me habían dejado nada más nacer, por qué no me habían llevado con ellos.

Adoraba a la tía Paula; sin embargo, no me iba a quedar más remedio que decepcionarla.

Iba a ir a buscar a mi madre.

9

En los días posteriores, mi relación con la tía Paula se sostuvo por inercia. Ella no daba su brazo a torcer y continuaba insistiendo en que me prohibía ir a buscar a mi madre. Yo, por mi parte, estaba enfadada, muy enfadada con ella. No me entraba en la cabeza que no quisiera ayudarme a encontrarla. Tal vez temía perderme… O tal vez temía lo que pudiese descubrir.

Por otra parte, no olvidaba lo que me había dicho Irma Dagon aquella noche en el museo, sus palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza: «Síguele la pista a la ladrona de la daga… Tal vez, si la encuentras, puedas averiguar cosas que necesitas saber. Sobre ti, sobre tu familia».

Había intentado contactar con ella por teléfono sin ningún resultado, incluso había ido al edificio Dagon Corp. a buscarla. No me fiaba de ella, pero estaba claro que aquella mujer sabía algo. Algo que, muy probablemente, yo iba a necesitar para encontrar a mi madre. Y tampoco sabía por dónde empezar a buscar.

Su secretario, al enterarse de quién era yo, había bajado a la recepción y, tras ofrecerme un refresco, me contó que Irma Dagon se encontraba de viaje en Nepal. No obstante, esta había dejado instrucciones en caso de que yo llamase a la oficina o pasase por allí. Me aseguró que, tan pronto como pudiese hablar con ella, la informaría de mi visita. A continuación, me pidió el número de mi móvil y me despidió con amabilidad, insistiendo en que pronto tendría noticias de su jefa.

Recapitulando, las cosas estaban como estaban, es decir, mal,

siendo generosa. Siendo muy generosa.

A un lado estaba mi tía enfadada.

Al otro estaba yo, también enfadada.

En el incómodo medio estaban Eric y Benson, que intentaban mantenerse neutrales, como Suiza, pero sin llegar a conseguirlo.

Eric sabía que la situación con mi tía no era la mejor del mundo, por no decir que era un auténtico asco. También sabía que esta era una decisión que tenía que tomar yo sola, que necesitaba tomarla yo sola, así que se había limitado a decirme que decidiese lo que decidiese, él iba a estar a mi lado. De momento, continuaba trabajando con la daga robada. Aunque era falsa, había resultado ser una imitación exactamente igual a la original que se había llevado el ladrón, también conocido como «mi madre».

Y Benson.

Benson era un caso algo diferente, al fin y al cabo, tanto mi tía como yo éramos miembros de la familia Black y él estaba obligado a ayudarnos a ambas. No diré que su posición en todo este enfrentamiento fuese fácil. No lo diré porque no lo era. De hecho, era muy complicada, a ver cómo ayudas tú a dos personas con intereses enfrentados. Así que hizo lo único que podía hacer: mantenerse al margen. Con lo que no contaba Benson era con mi astucia… O mi testarudez, podéis llamarlo como queráis.

No había olvidado la reacción del mayordomo al preguntarle sobre su informante, Drachen, quien quisiera que fuese esa persona. Averiguar su identidad podría conducirme a un nuevo hilo del que tirar. La posibilidad era muy pequeña, pero no inexistente… Y, total, tampoco perdía nada por intentarlo. Y con eso en mente, me dispuse a acorralar al bueno de Benson, algo que no me llevó demasiado tiempo.

Solo necesité llamarle.

Me había propuesto sonsacarle la información sin que se diese cuenta, para ello contaba con mi ingenio, inteligencia y perspicacia… Y los entrenamientos a los que me sometía la tía Paula, que también incluían técnicas de interrogatorio.

—Benson, el otro día, durante nuestra reunión, hablaste de un informante… —Comencé mi interrogatorio con sutileza—. He pensado que, a lo mejor, podrías decirme quién es ese tal Drachen… —De acuerdo, puede que tuviese que prestar un poco más de atención durante los entrenamientos.

—¿No lo has adivinado? —Benson no parecía reacio a facilitarme la información que necesitaba, cosa que me sorprendió.

—Eeeh… No…

—¿Ni siquiera has buscado qué significa «Drachen»? —preguntó el mayordomo.

—N… ¿No? —Empezaba a sentirme avergonzada. Al parecer Benson había intentado darme pistas con el nombre en clave de su informante y yo no me había dado ni cuenta.

—Querida Amanda, tienes que prestar más atención en las clases de tu tía —comentó con el tono de un maestro benevolente—. Si hubieses buscado la palabra «Drachen», habrías averiguado que significa «dragón» en alemán… Y de la palabra dragón…

—Dagon —finalicé la frase de Benson casi en un susurro.

Me sentí muy estúpida al darme cuenta de que lo había tenido delante de los ojos desde el principio.

—Sí, Dagon. Ella fue quien me pasó la información —confirmó Benson—. No puedo decirte mucho más.

—¿Por qué confiaste en ella?

—La relación entre los Dagon y los Black no ha sido siempre como es en la actualidad. Tu tía podría confirmártelo… Si intentases hablar con ella, claro.

—¿Tú no me lo puedes decir? —Hice la pregunta conociendo la respuesta, pero tenía que intentarlo… Cualquiera lo habría hecho.

—No, pequeña, no es mi lugar. No es mi misión. Hay cosas que no se te han contado por tu bien, para que llegues a ser la mejor versión de ti misma. En eso estoy de acuerdo con la señora Paula. —Benson hizo una pausa—. Sé que estás enfadada con tu tía, pero recuerda que ella siempre ha hecho lo que ha creído mejor para ti. Recuerda también que es un ser humano y no es infalible, puede

equivocarse.

—¿Crees que ahora se equivoca?

—No, no lo creo. Lo que creo es que tiene miedo. Teme que no estés preparada y que lo que puedas descubrir te haga un daño irreparable. Teme no ser suficiente para arreglar ese daño. Teme perderte, igual que perdió a… —Benson dejó la frase en el aire.

—¿A…? —pregunté.

—Es hora de que vaya a hacer la comida… —Benson, con su sonrisa ladeada, me dijo que no pensaba soltar ni una sola palabra más sobre el tema.

Se marchó dejándome casi con más dudas de las que tenía antes de hablar con él.

10

Continuábamos sin tener ni idea de a dónde habría ido mi madre después del robo en el museo. Eric propuso piratear las listas de pasajeros de los aviones que salieron desde nuestra ciudad en los días siguientes. Por supuesto, la tía Paula se negó. Adujo que sería como buscar una aguja en un pajar y casi con total seguridad, no habría viajado utilizando su verdadera identidad, ya que tendría un pasaporte falso, o varios.

Después del fiasco de lo de las listas de pasajeros, Eric se había enfrascado en la tarea de sacar algo en claro de la daga falsa.

Primero había trabajado con la empuñadura hasta conseguir el mapa que, en teoría, escondía en sus grabados.

Una vez conseguimos una imagen clara del plano, había que averiguar el lugar del que se trataba.

—Esto son montañas, está claro —afirmó Eric con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya, pero hay muchas montañas en el mundo… Podría ser en cualquier sitio. —La sonrisa de mi amigo se congeló en sus labios. Ser realista ha sido siempre mi fuerte.

—Bueno, tendremos que buscar un poco, pero seguro que lo encontraremos. De momento voy a comparar esto con las cordilleras más importantes del mundo.

—¿Cuánto te llevará?

—Unas horas… O un día… O más. No sé, depende de la exactitud del grabado…

—A ver, la daga es del Nepal, lo mismo deberías empezar por

comparar con montañas de la zona, así como idea —propuse—. La cordillera más importante allí es el Himalaya… Hace de frontera con China.

—¡Qué fuerte! ¡Eres brillante, mi querida amiga! —exclamó dando una palmada.

A mí me parecía más que obvio, pero bueno, si quería pensar que era brillante, me valía.

Eric se levantó de su asiento frente al ordenador y se dirigió a la zona de la biblioteca. Tras dejar atrás varias estanterías, se detuvo frente a una y comenzó a pasar el dedo índice por los lomos de los libros que allí se guardaban. No tardó mucho en encontrar el que buscaba.

—¡Aquí está! —exclamó, extrayendo un tomo bastante voluminoso de su lugar—. Sabía que lo había visto en algún sitio…

—¿De verdad conoces todos los libros que hay aquí? —pregunté con la incredulidad tiñendo mi voz.

—Bueno… los libros están ahí, alguna vez los he mirado… Por si llegábamos a necesitarlos, como ahora —se excusó algo avergonzado.

Sacudí la cabeza mientras reía todavía admirada por las habilidades memorísticas de mi amigo. Eric estaba lleno de sorpresas. Yo también había paseado entre las estanterías, pero de ahí a recordar todos los libros que había en cada una de ellas… A eso no había llegado.

Eric se aproximó con el pesado tomo a la mesa de reuniones, lo abrió por el índice y recorrió la lista de páginas, de nuevo con su dedo como guía, hasta dar con la que buscaba.

—Vale, está aquí —comentó sin separar la mirada del libro—. Acércame el mapa de la daga, por favor.



Hice lo que me pedía y me quedé tras él. Sabía por experiencia que, en aquel momento, era mejor que no le interrumpiese.

Puso el mapa junto al libro y comparó los dos dibujos.

—Bueno, la escala no es la misma, pero estoy casi seguro de que estas dos cordilleras sí lo son: el Himalaya —concluyó orgulloso—.

Y el mapa nos está indicando un lugar en el corazón de Nepal.

Miré ambos dibujos y no me quedó más remedio que darle la razón. Según la empuñadura, la Campana de Jade se encontraba en Nepal.

—¿Sigues queriendo encontrar a tu madre?

—Sí —confirmé decidida.

—¿Estás segura? —preguntó—. Yo iré contigo hasta donde sea necesario, pero si decides que no quieres seguir adelante con esto, también te apoyaré.

—Estoy segura. Aquí está pasando algo y todo el mundo parece saber más que yo sobre ello. Necesito encontrarla y averiguar qué es lo que sucede y por qué no ha dado señales de vida en todos estos años.

—¿Y si lo que descubres no te gusta? —Eric volvía a dar en el clavo.

En ese momento sonó su móvil. Sacó el teléfono del bolsillo, dio un vistazo a la pantalla para ver quién llamaba y volvió a guardarlo sin contestar.

Desde mi encuentro con Irma Dagon, pasando por el descubrimiento del robo por parte de mi madre hasta la conversación con Benson… todo indicaba que lo que se me estaba ocultando era por mi bien, para protegerme. Pero yo ya no era una niña. Había tenido que renunciar a muchas cosas para hacerme cargo de mis responsabilidades como miembro de la familia Black, así que no pensaba consentir que me tratasen como tal.

—Si no me gusta lo que descubra, tendré que aprender a vivir con ello. —Bajé la mirada y posé mi mano sobre la de Eric—. Sé que tú me ayudarás.

—No quiero que sufras, Amanda.

—A mí lo que me preocupa es que la cagues con Esme, ¿cómo vais? La última vez que te pregunté no me dijiste mucho…

—Bueno… —Eric se rascó la cabeza. Un gesto que yo ya conocía muy bien. Intentaba ganar tiempo para pensar.

—Bueno, ¿qué? —insistí seria.

—La verdad es que la cosa no va muy bien —confesó por fin—. No hemos vuelto a hablar desde que fuimos al cine…

—¿Pero la has llamado o has charlado con ella en el insti?

—No.

Me forcé a hablar de manera pausada y tranquila, si bien por dentro estaba gritando.

—Pero vamos a ver, Eric… A ti te gusta Esme, no entiendo muy bien lo que está pasando.

—Ella también podría llamarme, ¿no?

—Ella te ha llamado hace un rato y no lo has cogido.

—¿Lo has visto? —Mi amigo abrió mucho los ojos.

—No, no lo he visto, pero a ti solo te llamamos al móvil tu madre, Esme o yo… He acertado, ¿no?

Él no contestó, en cambio, se miró las zapatillas como si fuesen lo más importante del universo.

—Eric, no quiero que te pase lo que a mí. Yo elegí ser una Black, pero tú puedes tener una vida casi normal… Y puedes dejar esto cuando quieras.

—No quiero dejarlo —contestó sin levantar la vista de sus pies.

—Vale, pero puedes quedar con Esme, hablar con ella, salir juntos… No sé, podéis hacer cosas normales, cosas de adolescentes normales. No dejes que este trabajo te impida ser feliz. No merece la pena.

—¿Y si cuando me conozca más no le gusto? —preguntó fijando, por fin, su mirada en la mía.

Así que eso era lo que de verdad le preocupaba a Eric. No era que yo le necesitase, no era que estuviese muy ocupado, no era nada de eso. Era el miedo a no gustarle a Esme. Desde luego, la autoestima de mi amigo necesitaba un empujón.

—Mira, Esme tiene derecho a que no le gustes, pero eso no significará que haya algún problema en ti. Si pasa eso, mala suerte, pero si no lo intentas… —Hice una pausa para que mis palabras calasen en él—. Si no lo intentas, estarás haciendo el tonto y, de paso, vas a hacer daño a mi mejor amiga… Y eso sí que no.

Llámala, id a merendar o a lo que os dé la gana. Divertíos un rato juntos… Vaya, sueno como mi tía.

—¿Ahora? ¿Que la llame ahora?

—Ahora.

Salí del taller para darle algo de intimidad a mi amigo… Y para evitar que me metiese, de nuevo, en la llamada con Esme. Algo que no me hubiese extrañado ni un poquito. Un rato después, Eric salió, me dio un beso en la mejilla y se despidió de mí diciendo que al día siguiente me vería en clase. Había quedado con Esme y yo me alegré mucho por ellos.

Lo último que quería era que Eric tuviese que renunciar a tener una vida normal por mi culpa, por ayudarme.

Vi cómo se alejaba subiendo las escaleras de dos en dos, en el último escalón se volvió hacia mí y agitó su mano en señal de despedida.

Cuando desapareció de mi vista, todavía me quedé unos instantes en la puerta del taller, mirando hacia el lugar por el que había desaparecido mi amigo. Sentía un poco de envidia, pero, al fin y al cabo, yo misma había elegido ser una Black. Mi tía me había dado muchas oportunidades para tener una adolescencia y una vida normales; sin embargo, me gustaba mi vida.

Conllevaba sacrificios y yo había elegido hacerlos.

No podía quejarme… Si bien eso no era obstáculo para que de vez en cuando me venciese el deseo de tener lo que no podía tener. Después pensaba en la de cosas que yo podía hacer, en los lugares a los que podía viajar, las personas a las que había ido conociendo y la cantidad de aventuras que vivía, y se me pasaba un poco.

Además, tenía una lancha. Solo recordar la lancha me dibujó una sonrisa en el rostro.

Suspiré y volví a entrar en el taller cerrando la puerta detrás de mí.

Hasta el viernes por la tarde no podríamos viajar a Nepal. Había clase, pero yo tenía mucho trabajo por delante.

11

El viernes por la tarde llegó antes de lo que me esperaba.

No había tenido mucho tiempo de organizar el viaje porque me habían puesto dos, DOS, exámenes el mismo viernes por la mañana y había tenido que estudiar para ellos. Si ahora suspendía algo… Bueno, digamos que no era lo mejor que podía pasarme si pretendía seguir adelante con lo del viaje a Nepal.

Al salir del segundo examen, me encontré con mi archienemiga, Sara, que presumía con su pandilla de lo bien que le había salido… A mí el primero no me había salido mal, pero de este no podía decir exactamente lo mismo. Las emociones de los últimos días, desde que había descubierto que mi madre estaba viva, me habían impedido concentrarme en los estudios. Había hecho lo que había podido, así que me dirigí cabizbaja y evitando mirarla a la siguiente clase.

Por supuesto, Sara no podía dejarlo así y tuvo que preguntarme, a gritos, si pensaba aprobar.

Noté como me sonrojaba, así que metí la cabeza entre mis hombros y apreté el paso sin llegar a contestar.

Un coro de risas estalló a mis espaldas.

Fueron las risas las que lograron que me diese media vuelta.

Durante el examen había visto a Sara copiando de una chuleta escondida en la manga de su camisa. Pensaba dejarlo estar, ese no era mi problema.

Sin embargo…

Llega un momento en que tienes que poner a la gente en su sitio

y el sitio de Sara era lo más lejos de mí que fuese posible.

—Oye, Sara, hay un papelito que sobresale de tu camisa… A ver si la próxima vez estudias un poco más en lugar de aprovechar el tiempo para reírte de tus compañeros —comenté en voz MUY alta por encima de mi hombro.

La sonrisa de Sara se congeló en su rostro y sus ojos se afilaron, pero no dijo nada más, ya que el profesor eligió ese preciso momento para salir del aula donde acabábamos de hacer el examen.

Yo continué mi camino sin mirar atrás, pero había conseguido justo lo que quería: cabrearla.

Empezaba a cansarme de ser el blanco de todas sus burlas. Y tenía cosas más importantes en las que pensar como, por ejemplo, los exámenes de la semana siguiente, el viaje a Nepal, el enfado de mi tía conmigo por el viaje a Nepal, los motivos de mi madre para no haber dado señales de vida en trece años… En fin, tenía mucho por lo que preocuparme como para aguantar las tonterías de Sara.

Por lo menos a Eric le iba mejor que a mí, pero había tenido que decirle a Esme que este fin de semana no podrían quedar porque tendría que acompañarme a Nepal. Mi amiga sabía a lo que nos dedicábamos y nos había ayudado en alguna ocasión, así que no se lo tomó mal. Al contrario, nos ofreció su ayuda en cualquier cosa que pudiésemos necesitar. Además, habían quedado en verse cuando regresáramos. Mejor dicho, habíamos quedado en vernos, ya que Esme había insistido en que quería saber todo sobre el asunto con mi madre y quería que se lo contase yo misma.

Pero hasta que llegase ese momento, a mí me quedaba algo muy importante por hacer: hablar con la tía Paula.

Y no podía retrasarlo más, ya que en un par de horas Eric y yo volaríamos a Katmandú, capital de Nepal.

La encontré en el jardín, atareada planificando el entrenamiento de esa misma tarde. El mismo entrenamiento que yo me iba a saltar porque iba a estar volando en dirección al continente asiático.

—Tía, necesito hablar contigo —dije a su espalda.

—Ya lo sé, cariño —contestó sin volverse hacia mí—. Sé que

tienes que ir… A pesar de que yo no quiera que vayas.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Ve, haz lo que tengas que hacer y vuelve de una pieza, pero esta vez yo no puedo ayudarte. No haría más que entorpecer tu trabajo.

—¿Estás enfadada conmigo?

Mi tía se dio la vuelta y me miró a los ojos. Estoy segura de que estaba decidiendo en ese momento si estaba enfadada conmigo o no. La ansiedad me consumía. No quería separarme de ella estando enfadadas.

Todavía guardó silencio unos instantes más antes de contestar.

—No —dijo por fin—. Estoy enfadada con tu madre.

—¿Qué pasó? ¿Por qué nadie me cuenta nada?

—No, Amanda. No me preguntes eso. No sé qué es lo que pasó, sé lo que se dijo, lo que dijo Irma Dagon… —Cerró los ojos en un intento por retener las lágrimas que luchaban por salir, los recuerdos debían de ser muy dolorosos—. Aquello no podía ser cierto… Ahora ya no sé qué pensar.

—¿Qué crees que voy a descubrir? —pregunté en un susurro. Estaba asustada.

—Espero que la verdad. Sea lo que sea, quiero que recuerdes que te quiero y que no le debes nada a nadie. Ni siquiera a mí. Confío en que sabrás hacer lo correcto, cariño… Y sabes que, aunque no esté de acuerdo con que hagas este viaje, yo estaré esperándote aquí. Pase lo que pase.

—¿Por qué ahora? —Miré a mi tía con una interrogación dibujada en mi rostro—. ¿Por qué ha decidido robar la daga ahora?

—Oh, bueno, eso es fácil —comenzó a explicar mi tía—. Mientras buscaba información sobre ella, vi un artículo de hace un par de meses en el que el conservador del museo afirmaba que ni siquiera ellos sabían que tenían esa daga… Por lo visto había estado en el sótano desde hace un par de siglos, prácticamente desde la fundación del museo, hasta que un trabajador, haciendo inventario, abrió la caja en la que se encontraba. Fue muy sonado, salió en

numerosos periódicos y el museo decidió exhibirla.

Asentí despacio digiriendo lo que acababa de decirme mi tía.

—¿Estarás bien? —pregunté por fin.

—Oh, bueno, lo intentaré —contestó la tía Paula—. En un rato llegará Thomas, sabe que estoy preocupada por ti… Por todo lo que tienes por delante… Le he pedido que venga a pasar unos días en casa.

—Prometo volver —dije con una sonrisa.

—Espero que lo hagas o tendré que ir a por ti… No te vas a librar tan fácilmente de mí.

La tía Paula me dio un abrazo muy fuerte y muy largo y después me dejó marchar limpiándose con el dorso de la mano las lágrimas que, por fin, habían logrado escapar de sus ojos.

12

—¿Todo listo? —le pregunté a Eric ya sentada a los mandos del avión.

Yo pilotaría y Eric sería mi copiloto, si bien la mayor parte del trabajo la haría el propio avión. Se trataba de una pequeña aeronave con gran autonomía, ya que su gasto de combustible era ridículo. En su interior había espacio para nosotros dos y nuestras cosas, aunque no llevábamos mucho: comida deshidratada, tiendas de campaña y equipo de escalada. Tanto Eric como yo llevábamos puestos trajes fabricados con la tela Black, creación de Benson. En esta ocasión, se trataba de dos monos ligeros con capucha que impedirían que nos congelásemos en la zona del Himalaya. Sin embargo, cuando las temperaturas fuesen más altas, el propio mono se regularía logrando que no tuviésemos calor. Aquella tela creada por Benson no dejaría nunca de sorprenderme. Completábamos el equipo con unas botas de montaña y cuellos y guantes térmicos.

El vuelo no fue muy largo, aquella aeronave era bastante rápida. Demasiado, si le preguntabas a Eric, a quien todo lo que pasase de cien kilómetros por hora se le hacía casi como la velocidad de la luz. Volaba con todos los cinturones de seguridad abrochados y agarrado a los reposabrazos del sillón que ocupaba. Su piel, clara y pecosa, se había vuelto todavía más pálida nada más despegar y notar el tirón de la aceleración.

—Tienes bolsitas en el bolsillo lateral de tu asiento, por si necesitas vomitar —comenté con sorna, mientras programaba el rumbo.

—No, no creo que sea necesario —contestó mi amigo a la vez que cogía una de las bolsas y la dejaba en su regazo—. ¿No vamos muy rápido?

—No… ¿Has averiguado algo sobre la Campana de Jade? —Preferí cambiar de tema, tal vez si le distraía con conversación se olvidaría de la velocidad a la que íbamos, que sí, era muy alta, pero eso no tenía por qué saberlo él.

—La verdad es que no. Nada. Ni una sola mención en ninguno de los libros que he consultado ni en las páginas web ni nada de nada. Es todo un misterio esa campana.

—Mi tía tampoco ha conseguido averiguar nada sobre ella… Tal vez averigüemos algo más cuando lleguemos a Katmandú.

El resto del vuelo transcurrió tranquilo, pocas horas después sobrevolábamos la cordillera del Himalaya. Los dos miramos hacia abajo, cada uno por una ventanilla, los dos nos estremecimos al pensar que, en pocas horas, tendríamos que caminar por aquel terreno que tantas vidas se había cobrado.

—Da miedo —dijo Eric.

—No te preocupes, no te voy a hacer ir a la montaña. Llegado el caso, seré yo la que vaya.

Nos encontrábamos ya en el espacio aéreo de Nepal cuando tres aviones se situaron alrededor del nuestro. Un mensaje me llegó a través de la radio.

—Sígannos y aterricen en el aeropuerto de Katmandú. Tienen pista.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eric.

—Ni idea, pero es mejor que obedezcamos… —Un pitido comenzó a sonar en nuestra cabina interrumpiéndome.

—¿Qué es eso? ¿Qué suena? —preguntó mi amigo mirando a su alrededor, cada vez más nervioso.

—Estooo, Eric, no te asustes… Esos aviones están armados y resulta que nos están apuntando con sus misiles. —Eric me miró con los ojos muy abiertos—. ¡No! ¡No te asustes! Vamos a obedecer y no va a pasar nada. En serio, no voy a permitir que te ocurra nada

malo.

No es que mis palabras tuviesen ningún efecto tranquilizador sobre Eric, pero, por lo menos, no chilló.

Yo intenté mantenerme calmada para que no cruzase la fina línea que hay entre estar asustado y entrar en pánico. Iba a necesitarle si queríamos salir bien de esta, no obstante, yo también estaba muy nerviosa. No todos los días te apuntan con un misil, ni siquiera cuando eres una Black.

Nos acercamos al aeropuerto. Katmandú asomaba por las ventanas del avión, era una ciudad enorme, caótica y colorida en la que se mezclaban sin orden edificios de tres o cuatro pisos con antiguos templos hinduistas y budistas, las dos religiones predominantes en Nepal. Sus calles, retorcidas y estrechas, se adivinaban abarrotadas de gente. En el tiempo libre que me había dejado el estudio, me había informado sobre la ciudad asediada por la cordillera del Himalaya. Sus calles eran como un laberinto bullente de vida en cuyo centro se encontraba la plaza Durbar, que acogía el palacio real y numerosos patios y templos.

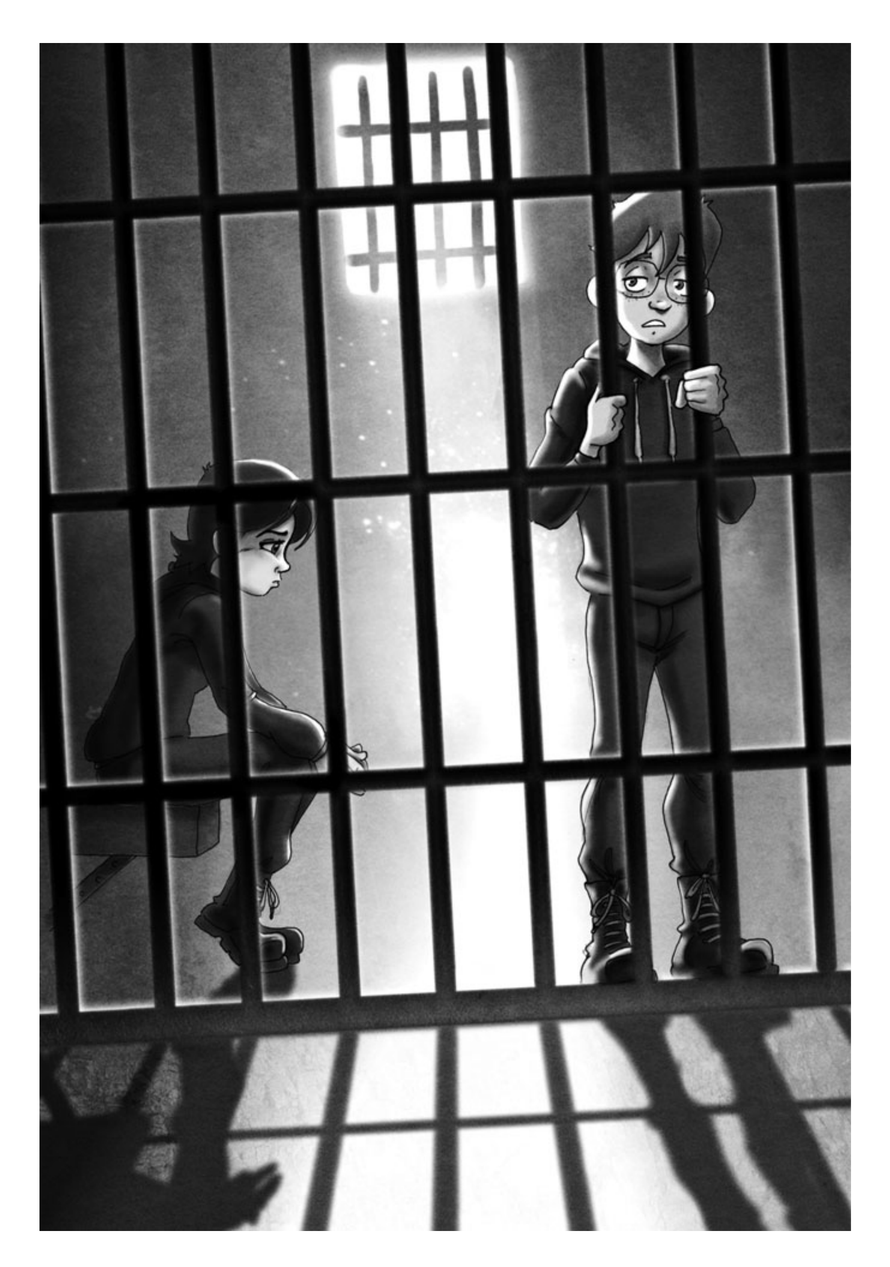
Obedecimos la orden que nos habían dado y aterrizamos donde nos dijeron. Nada más tomar tierra, un regimiento de policías rodeó nuestro avión.

—Salgan con las manos en alto —ordenó con un megáfono el que parecía el jefe. Hablaba nuestro idioma con un fuerte acento.

Miré a Eric, nunca le había visto tan asustado. Intenté que no notase mi miedo, pero lo cierto es que estaba tan cagada como él. No entendía muy bien qué estaba sucediendo.

Unos cuantos policías se acercaron hasta nosotros y nos pusieron esposas, después nos condujeron a un camión que nos llevó hasta una comisaría, donde nos encerraron en una celda.

Estuvimos encerrados en aquella celda durante unas cuantas horas. Se trataba de un espacio reducido y oscuro, con una ventana pequeña con barrotes que quedaba un poco por encima de nuestras cabezas. No había camas, solo una especie de banco de cemento que sobresalía de la pared, sin almohadas, sin mantas, sin nada.



Un lavabo desconchado colgaba de una de las paredes de la celda y junto a él, en el suelo, había un agujero del que salía un olor nauseabundo. Aquella peste me indicó que era una letrina.

Ya creíamos que se habían olvidado de nosotros cuando vinieron a buscarnos.

Nos condujeron a una sala no mucho más amplia que la celda de la que acabábamos de salir, en la que nos esperaba el hombre que se había dirigido a nosotros a través del megáfono. No me había equivocado, era el jefe.

Nos obligaron a sentarnos en unas sillas de metal y nos esposaron a la mesa. Cuando estuvimos inmovilizados, los que nos habían llevado hasta allí abandonaron la sala dejándonos con aquel hombre.

El tipo daba un poco de miedo. Era muy alto y muy fuerte, su gesto hosco no invitaba a la conversación, tampoco su mirada oscura. Una enorme cicatriz le cruzaba la cara —incluido el ojo— por todo el lado izquierdo.

—Muy bien, ¿quiénes sois?

—Tiene nuestros pasaportes, ya sabe quiénes somos —contesté. Había decidido que aquel policía no iba a asustarme—. En cambio, podría decirnos por qué nos han detenido.

—Venís a robar nuestros tesoros nacionales.

—¿Nosotros? —Intenté levantarme de la silla, pero las esposas me lo impidieron. Me volví a sentar, frustrada—. ¡Eso es mentira!

—Decidme a qué habéis venido sino.

—Venimos a practicar *trekking* y a conocer el país… Lo llaman hacer turismo. —Miré de reojo a Eric, que se iba encogiendo más y más en su silla con cada una de mis palabras.

El policía pareció dudar unos segundos antes de contraatacar.

—Nuestras fuentes dicen que vienen a robar un objeto de incalculable valor para el pueblo nepalí.

—Sus fuentes mienten —dije con firmeza, fingiendo una tranquilidad que no sentía.

El interrogatorio continuó así durante un par de horas, hasta que se cansaron y nos devolvieron a nuestra celda. Eric no había abierto la boca en todo el interrogatorio. Estaba aterrorizado.

Y no le culpaba.

Estábamos solos en un país desconocido, nos habían quitado todo el equipo y no tenía pinta de que nos fuesen a dejar salir de

aquella celda en breve. Es decir: estábamos metidos en un problema. Y de los más gordos. Podría haberme quitado las esposas sin ninguna dificultad, otra cosa era huir de aquella celda con tan solo lo puesto. Íbamos a necesitar nuestro equipo, así que lo mejor que podíamos hacer era esperar a que nos soltasen. Si nos obligaban a volver a casa, ya trazaríamos un nuevo plan para entrar en el país sin que se diesen cuenta las autoridades… Y si las cosas se ponían muy feas, ya habría tiempo para intentar escapar de allí.

Aquella noche, mientras intentábamos dormir —sin éxito alguno —, sentí un roce en mi rostro. Al principio pensé que sería un insecto o, mucho peor, una rata y lo aparté de un manotazo a la vez que me incorporaba.

No se veía nada, la única iluminación con la que contábamos en la celda era el charco claro que formaba la luz de la luna al colarse entre los barrotes de la ventana. En el centro de ese charco reposaba un papel.

Lo cogí.

No era más que un folio doblado en cuatro. Lo desdoblé y leí las palabras escritas en él.

APARTAOS DE LA VENTANA.

No había firma.

Escuché unos ruidos en el exterior del calabozo y empujé a Eric contra una de las esquinas más alejadas de la ventana protegiéndole con mi cuerpo.

Un CRAAACK rasgó el silencio de la noche, como un latigazo a la oscuridad.

Las rejas desaparecieron del ventanuco a la vez que una fina capa de polvo nos cubría.

Había un cien por cien de probabilidades de que aquel estruendo hubiese despertado a los guardias y estuviesen corriendo en dirección al calabozo. Empujé de nuevo a Eric, esta vez en dirección a la ventana, y le ayudé a trepar para que pudiese escapar. Escuché pasos en el pasillo, los guardias estaban a punto de llegar a la puerta.

Justo cuando el pie de Eric desaparecía de mi vista, la puerta se abrió. De un salto me encaramé al agujero de la pared, pero una mano atrapó mi tobillo y comenzó a tirar de mí.

Me giré como pude y con la otra pierna lancé una patada a ciegas con todas mis fuerzas.

El grito dolorido que escuché me indicó que mi pie había acertado en el blanco.

Por fin pude salir reptando por aquel agujero en la pared y me incorporé mirando a mi alrededor.

Eric me hacía señas desde un camión situado pocos metros más adelante.

De un lateral de la comisaría comenzaron a aparecer más policías.

O me daba prisa o me cortarían el paso.

Eché a correr hacia el camión a toda la velocidad de la que fui capaz.

Aun así, un par de policías lograron interponerse en mi camino.

Al primero lo esquivé; el segundo iba a ser algo más complicado. Giré a su derecha y trepé por una farola, a continuación salté desde lo más alto a la parte trasera del camión rogando en silencio haber calculado bien la distancia.

Lo hice.

—¡ARRANCA! —grité a pleno pulmón. Otro grupo de policías estaba a punto de llegar al camión, les faltaba poco para alcanzarnos.

Un acelerón nos obligó a agarrarnos a lo que pudimos.

Cuando conseguimos incorporarnos de nuevo, la comisaría quedaba a nuestra espalda, cada vez era más pequeña.

No teníamos ni idea de quién nos había salvado, pero le estábamos muy agradecidos.

13

—¿Quién ha sido? ¿Cómo podían saber que veníamos? —preguntó Eric a gritos.

El camión avanzaba por las estrechas calles de Katmandú. No teníamos ni idea de quién conducía ni de quién nos había ayudado, ahora solo nos quedaba esperar a llegar a donde quisiera que estuviésemos dirigiéndonos.

—Imagino que habrá sido Irma Dagon. Está aquí. Lo que no sé es cómo se ha enterado de que veníamos.

—¿Cómo que está aquí?

—Fui a verla —confesé—. Su secretario me dijo que estaba de viaje en Nepal…

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —El reproche que su tono dejó entrever era merecido. Más que merecido, en realidad. Tendría que haberle contado todo lo que sabía, al fin y al cabo, estaba arriesgándose solo por ayudarme a dar con mi madre.

—No lo sé… Pensé que te enfadarías…

—Vale, está bien… Tenemos cosas más importantes en las que pensar, como, por ejemplo, ¿quién nos ha sacado de la cárcel?

Lo medité durante unos segundos. No estaba segura de lo que iba a decir, pero tampoco encontraba ninguna otra explicación lógica.

—¿Mi madre? —pregunté.

—Podría ser… Pero tampoco tiene mucho sentido —contestó Eric—. ¿Cómo sabía ella que volábamos hacia Nepal?

—No lo sé… Ahora mismo lo único que me preocupa es que no

vuelvan a cogernos.

Las sirenas de los coches de policía se escuchaban no muy lejos, por detrás de nosotros. Continuaban persiguiéndonos.

Poco después, el camión comenzó a reducir la marcha y, cuando se detuvo, Eric y yo nos quedamos muy quietos, esperando a ver el rostro de nuestro rescatador… Bueno, yo en realidad estaba esperando ver la cara de mi madre.

El chasco fue tremendo cuando un hombre de ojos rasgados y pelo oscuro que hablaba un idioma que no entendimos nos animó a bajar del camión.

Bajamos sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Nos encontrábamos fuera de la ciudad, no sabíamos la distancia exacta, pero las luces quedaban bastante por detrás de donde estábamos. Si nos dejaba allí tirados y se largaba por donde había venido, no se me ocurría más solución que regresar a Katmandú, llamar a la tía Paula y pedirle que viniese a buscarnos. Vamos, lo último que deseaba hacer yo.

El hombre comenzó a hablar muy rápido y a señalar hacia un río, supuse que sería el Bagmati, el río que atraviesa la ciudad de Katmandú, pero tampoco me paré a preguntarle. No había tiempo para preguntas, ni tampoco había un idioma en el que entendernos en el caso de haber tenido ese tiempo. Ni él parecía hablar mi idioma ni yo tenía ni idea del suyo.

Eric y yo corrimos hacia el caudal de agua. Seguíamos sin tener ni idea de nada, sin saber muy bien qué se suponía que teníamos que hacer una vez llegásemos al río. A nuestra espalda escuchamos el sonido del motor del camión al arrancar y ponerse en marcha. Miré por encima de mi hombro solo para confirmar que avanzaba por la carretera, alejándose de las sirenas que podíamos escuchar cada vez más cerca.

—¿Qué hacemos? —Se asustó Eric parando la carrera.

—¡Yo qué sé! Corre hacia el río, allí podremos perderlos —contesté dándole un leve empujón en la espalda para que no se detuviese.

El sonido de una voz llamándonos nos llegó desde el río y entre la vegetación pudimos ver un hidroavión que, a simple vista, debía de tener más años que las pirámides de Egipto. Era gris y no tenía cabina. Dos plazas, una delante y una detrás, era todo lo que alcancé a ver a la luz de la luna.

—¡Vamos! ¡Nadad hasta aquí! —Una voz de hombre, esta vez en nuestro idioma, nos llegó desde el lugar donde se encontraba la avioneta.

Saltamos al río y comenzamos a nadar en dirección a aquel trasto con la terrible intuición de que tendríamos que subirnos a él para escapar de la policía. Según nos acercábamos al cacharro, pude leer las palabras LAO-CHE en pintura roja en el lateral. Yo dudaba mucho de que aquello pudiese volar, pero era la única opción que teníamos si no queríamos regresar a la cárcel y continuar explicando que no habíamos ido a Nepal a robar nada, lo cual, además, era mentira porque por supuesto que pensábamos robar algo, concretamente, la Campana de Jade… Si conseguíamos dar con ella, claro, pero eso la policía no tenía por qué saberlo, si bien parecía saberlo. Lo que estaba claro era que nosotros no se lo habíamos dicho. Un jaleo.

El hombre nos ayudó a entrar en el asiento de atrás, de un salto se introdujo en el de delante y puso los motores en marcha a la vez que los policías llegaban a la orilla del río.

Debían de tener muchas ganas de pillarnos, porque comenzaron a vaciar sus armas contra el avión. Obligué a Eric a agacharse.

—¿Vamos a despegar hoy o mañana? —pregunté alzando la voz por encima del ruido de las hélices.

—Un poco de paciencia, que esta preciosidad es muy delicada —fue todo lo que dijo el hombre.

Poco después, avanzábamos por el río con la intención de despegar… Algo que consideré poco probable debido al estado cochambroso de aquel avión.

Tras varios petardeos del motor y unas cuantas balas silbando a nuestro alrededor, el trasto volador, por fin, consiguió separarse de

las aguas y alzar el vuelo.

Hasta nosotros llegó una carcajada alegre del piloto.

—¿Veis? Os dije que lo conseguiríamos.

—No nos ha dicho nada —dijo Eric a gritos para hacerse oír.

—¿No? —se extrañó el desconocido—. Lo habré pensado, entonces.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Soy Lao-Che, lo pone en el avión.

—Pero usted no es de aquí, de hecho, me juego algo a que usted es americano… Por el acento… Y por el aspecto, claro —contesté testaruda.

Aquel tipo desentonaba en Katmandú más que Eric intentando cantar ópera. Y, creedme, Eric canta fatal. Para empezar, el supuesto Lao-Che era alto, mucho, sus músculos se marcaban a través de las mangas remangadas de la camisa color verde que vestía; al subir a la avioneta me había fijado en sus pantalones, color marrón claro, que se veían gastados y lucían parches en las rodillas. El pelo, moreno, salpicado de canas, le llegaba a los hombros y me había parecido ver que tenía los ojos claros… Vamos, la última persona del mundo con pinta de llamarse Lao-Che.

—Mi padre era de aquí y mi madre era americana… Tengo los rasgos de mi madre y el nombre de mi padre.

—Lao-Che miró por encima de su hombro hacia nosotros y nos sonrió guiñándonos un ojo. Confirmé mi primera impresión: tenía los ojos de un azul intenso.

—Vale, pero lo que quiero saber —continué, ignorando su comentario por completo— es qué hace usted aquí. ¿Por qué nos ha salvado? ¿Quién le envía?

—Eso no os lo puedo decir.

—¿Por qué no? —pregunté enfadada.

—Porque no tengo ni idea. Una mujer me contrató para que os recogiese en el río y os llevase al monasterio de Kipan.

—¿Cómo era esa mujer? —preguntó Eric.

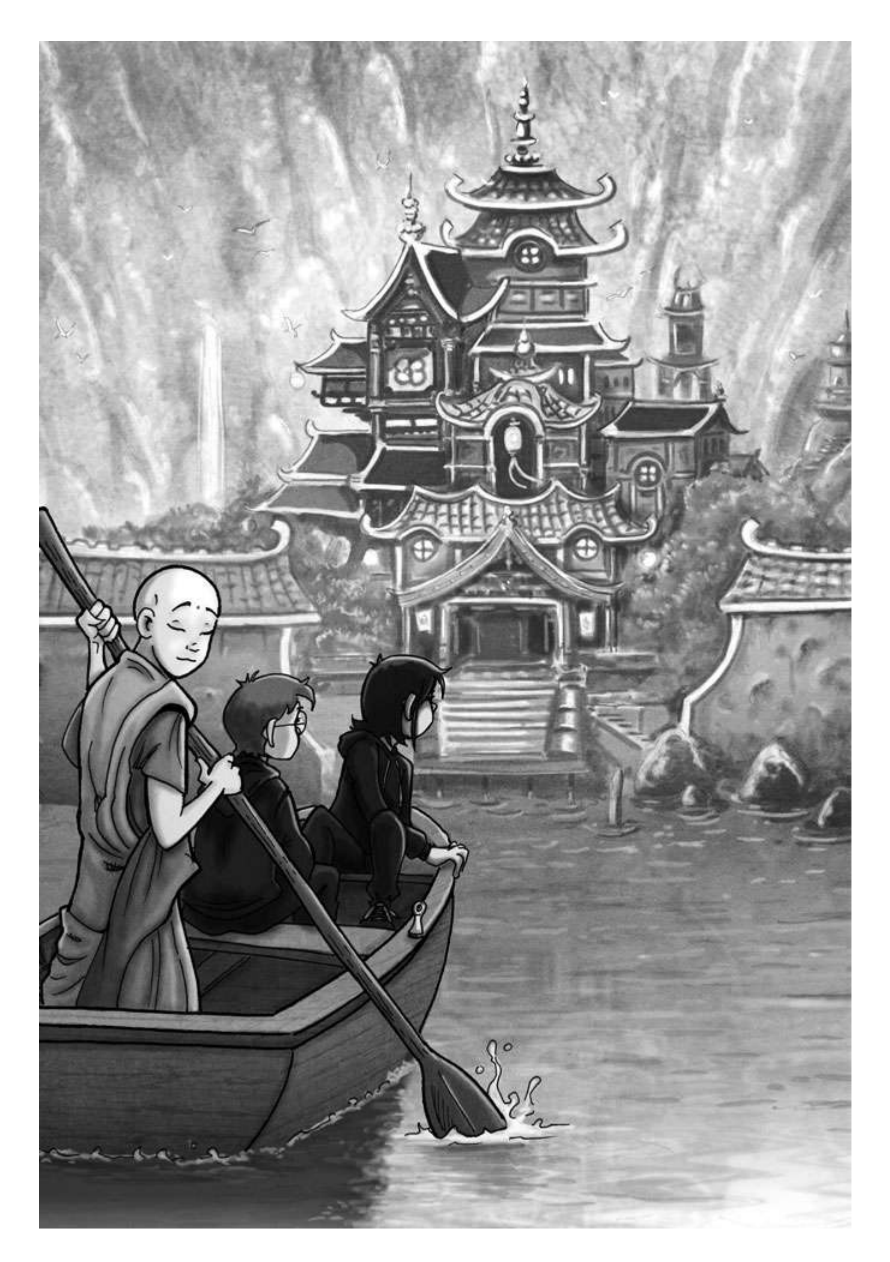
—No lo sé, solo hablé con ella por teléfono.

El resto del vuelo lo hicimos en silencio. Hablar a gritos no era lo más cómodo, tendríamos que conformarnos con intentar sacar alguna información más de aquel hombre una vez llegásemos al monasterio de Kipan.

Habíamos perdido todo nuestro equipo. Todo, excepto el pequeño ordenador de Eric, que siempre llevaba encima, y nuestros relojes. Aquella misión iba a ser dificililla.

Por fin llegamos al monasterio de Kipan, una enorme construcción de madera y piedra pintada en alegres colores con varias torres y edificios, todos cubiertos con hermosos tejados curvados, situado frente a un lago. Casi todo el conjunto estaba rodeado de una muralla, también de piedra, que le daba el aspecto de una fortaleza. La parte trasera del monasterio se apoyaba en la ladera de una montaña de la que no pudimos ver la cumbre. Era en esa parte en la que no había muralla, ya que la montaña servía como protección natural. Era imposible que nadie entrase en aquel monasterio por aquella zona.

El hidroavión descendió sobre el lago. Exactamente, en el centro del lago. Aquel hombre debía de estar loco si pensaba que íbamos a nadar hasta la orilla. Preferiría dar la vuelta al mundo en el cacharro volador propiedad de Lao-Che antes que meterme en aquellas aguas heladas. Iba a comentárselo con educación cuando vi que una pequeña embarcación se acercaba a nosotros.



Un monje que debía de tener nuestra edad manejaba el bote, llevaba puesto el traje tradicional de los monjes budistas, rojo y amarillo. El chico nos condujo hasta el monasterio sin decir una sola palabra. Eric y yo tampoco abrimos la boca, sobrecogidos por el silencio y la paz que lo impregnaban todo.

Una vez frente a la puerta de lo que parecía el edificio principal, el joven monje se retiró sin haber abierto la boca. Nos quedamos allí, mirando a nuestro alrededor con cara de no entender nada. Sin atrevernos casi ni a hablar entre nosotros.

Poco después, otro monje, este bastante mayor que el primero, se acercó sonriendo. Vestía también de rojo y amarillo, sonreía de manera cálida y amable y, al hacerlo, sus ojos almendrados parecían cerrados, pero no, estaban abiertos y fijos en nosotros. Era de edad avanzada, sin embargo, sus movimientos se veían ágiles y fluidos.

—Pasad, jóvenes amigos, tenéis que estar agotados del viaje. Quizás aquí encontréis las respuestas que buscáis. —Su voz, agradable y algo ronca por la edad, transmitía tranquilidad. Hablaba con un ritmo pausado que consiguió que nos sintiésemos seguros por primera vez desde que habíamos pisado suelo nepalí.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté en un susurro.

—No, ahora no, ya llegaremos a eso. Antes tenéis que descansar y alimentaros —contestó el hombre con tono amable, pero firme—. Después habrá tiempo para preguntas. Todas las que queráis hacer… Contestaré aquellas para las que tenga una respuesta. Por cierto, mi nombre es Ganesh.

Caminamos por los pasillos de aquel monasterio siguiendo los pasos de Ganesh. Subimos varios tramos de escaleras talladas en piedra y giramos en varios pasillos… Me recordó a mi primer día en la Mansión Black, pero con mucho menos polvo. Aquel edificio era muy antiguo, al igual que el mobiliario; sin embargo, todo estaba pulcro y ordenado.

Estábamos agotados y no parecía que aquel monje fuese a decir nada hasta que no hubiésemos descansado. Nos acompañó hasta dos pequeñas celdas contiguas y se despidió de nosotros.

—Si necesitáis ir al baño, tendréis que bajar por esas escaleras, la primera puerta que encontréis es el cuarto de baño. Descansad y, cuando estéis preparados, bajad a comer.

—Pero ¿dónde tenemos que ir? —preguntó Eric muy interesado

en la comida.

—Oh, no te preocupes, ya os cruzaréis con alguien que os guiará. Ahora descansad.

14

Ambas celdas eran iguales, pequeñas, de no más de unos seis metros cuadrados, con las paredes encaladas y los techos bajos. En la única ventana que había en ellas, unas celosías de madera tallada permitían que pasasen los rayos de sol creando intrincados dibujos a base de sombras y luces sobre el suelo de la habitación. El único mobiliario disponible eran la cama, la mesilla, un escritorio y una silla, todo también de madera tallada con motivos naturales. No había armario, un hueco en la pared servía para que el ocupante pudiera guardar sus pertenencias… Si las tenía, porque nosotros no teníamos nada más que lo que llevábamos puesto.

No había electricidad, en la mesilla reposaba una vela en una palmatoria, ahora apagada.

Yo estaba tumbada en la cama, mirando al techo, incapaz de dormirme.

—¡Qué fuerte! ¡Tu habitación es igual que la mía! —La cabeza de Eric asomó por la puerta.

—Se llaman celdas… Y sí, son iguales… ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No, demasiadas emociones en un mismo día, pero estoy muerto de hambre.

—Lao-Che se ha marchado, ¿verdad? —pregunté conociendo la respuesta.

—Creo que sí, escuché el sonido del avión despegando cuando subíamos las escaleras.

—Otra pista que se esfuma delante de nuestras narices —suspiré

—. Estamos como al principio: no sabemos dónde está la Campana de Jade, no sabemos quién nos ha delatado ni quién nos ha ayudado y nos ha traído hasta este lugar. No sabemos nada.

—De hecho, estamos peor que al principio —puntualizó Eric—, también estamos sin equipo y nos busca la policía de Katmandú.

—Muchas gracias por tu aportación, Eric, la verdad es que no sé qué haría sin ti —repliqué con acidez.

—Bueno, podemos hablar con Ganesh, a ver si él sabe algo. —Hizo una pausa y sus ojos brillaron—. He estado investigando… ¿Y sabes qué? Resulta que Ganesh es un dios hindú, considerado el señor de los nuevos comienzos, la superación de obstáculos, la sabiduría y la inteligencia.

—Vaya, pues espero que este Ganesh, aunque no sea dios, nos ayude con su sabiduría y esas cosas.

—¿Te parece si bajamos a ver si podemos encontrar algo de comida y, de paso, lo averiguamos?

—Llámame loca, pero mi intuición me dice que tú lo que quieres es comer, ¿no? —Reí.

Bajamos las escaleras por las que habíamos llegado a nuestras celdas hasta llegar a la puerta por la que habíamos entrado en el monasterio.

—O encontramos a alguien pronto o nos embarcamos en la búsqueda de la cocina para asaltar la despensa —comentó Eric.

—Eso no será necesario. —Ganesh apareció de la nada con su perenne sonrisa en los labios—. Seguidme, pronto os haréis al monasterio y sabréis llegar solos a todas partes.

El monje nos acompañó hasta el comedor en el que, en ese momento, varios monjes más jóvenes comían de sus cuencos de madera, en ellos mezclaban arroz, lentejas y diferentes verduras y salsas. Después nos enteramos de que aquel plato, típico de Nepal, se llamaba *dal bhat*. Y era delicioso.

Comimos hasta llenar nuestros estómagos.

Y luego comimos un poquito más. Hasta casi reventarlos.

Con las barrigas ya llenas, Ganesh nos pidió de nuevo que le

acompañásemos. Nos guio hasta el patio de piedra, se sentó en el suelo en la posición del loto y extendió las manos hacia nosotros en un gesto de invitación antes de apoyarlas en sus rodillas.

—Está bien, ahora que habéis descansado y habéis comido, es el tiempo de las preguntas.

—De acuerdo, empiezo yo —dije—. ¿Qué hacemos aquí?

—No lo sé, joven, eso depende de vosotros.

—Ya, me refiero a quién nos ha traído hasta aquí —insistí.

—La suerte, el destino, la vida… Estáis aquí y eso es lo importante.

Algo me decía que no íbamos a sacar mucho de Ganesh… Eso, o estaba haciendo las preguntas equivocadas, que también podía ser.

Decidí cambiar de estrategia.

—Vale, ¿qué puedes contarnos sobre la Campana de Jade?

—Esa sí es una pregunta que puedo contestar —comenzó el monje. Tanto Eric como yo echamos nuestros cuerpos hacia delante, interesados en lo que fuese a decir a continuación—. No puedo contaros nada de la Campana de Jade…

—Oh, venga… Estarás de broma —interrumpió Eric. Le pedí silencio con un gesto de la mano, Ganesh no había terminado de hablar—. Vaya, perdón —se disculpó mi amigo en un susurro.

—… No puedo contaros nada, está prohibido hablar de la campana, pero puedo deciros dónde encontrar información sobre ella.

Ganesh hizo una pausa. Nosotros esperamos, impacientes.

Cuando pasaron diez segundos sin que el monje hubiese dicho nada más, me atreví a preguntar de nuevo.

—¿Y bien? ¿Dónde podemos encontrar información sobre ella?

—En la Biblioteca Sagrada, claro.

—Ajá… ¿Y dónde podemos encontrar esa biblioteca? —Empezaba a pillarle el truco a Ganesh: solo necesitaba hacer una pregunta, él contestaría, pero solo a lo que se le hubiese preguntado.

—Aquí, en el monasterio.

—¿Nos acompañarás hasta allí? —pidió Eric.

—Pensaba que no ibas a preguntarlo nunca.

Ganesh sonrió y se puso en pie indicándonos con un gesto que le siguiésemos.

Por fin una pista que nos acercase a nuestro objetivo: la Campana de Jade.

Si dábamos con ella, encontraríamos a mi madre.

15

—Pasad, esta es la biblioteca del monasterio, el *bhikkhu* Rajiv os ayudará en lo que necesitéis —dijo Ganesh señalando a un anciano sentado frente a una mesa enorme de madera oscura y brillante que revisaba con los ojos entrecerrados un pergamino de aspecto antiguo.

A simple vista, apenas había algunas palabras en él, pero el monje lo miraba a través de una lupa con mucho interés.

—¿Qué es un *bhikkhu*? —preguntó Eric adelantándose a mi siguiente pregunta.

—Un monje que ha recibido la ordenación completa. Antes de ordenarnos, pasamos por un periodo de noviciado durante el cual nos llamamos *sramanera*, después pasamos a ser monjes… Es un poco más complicado, pero con esto basta para que lo entendáis.

Ganesh nos había guiado a través de los terrenos del monasterio hasta un edificio de piedra encalada, sin ventanas, que se encontraba en la parte más alta; tras él no había muro, solo la montaña.

El interior se encontraba en penumbra, apenas iluminado por unas lámparas de aceite que colgaban de las paredes. Hasta donde alcanzaba la vista, había estanterías y anaqueles rebosantes de pergaminos y antiguos libros de aspecto —y tamaño— impresionante. Las estanterías más altas llegaban hasta el techo, pero no vimos ninguna escalera para alcanzar los tomos que se encontraban en aquellos estantes. El polvo bailoteaba en los tenues haces de luz que se escapaban de las lámparas y que conseguían

atravesar la oscuridad de aquella inmensa biblioteca. Aquí y allá había mesas dispersas por el espacio que no ocupaban las estanterías, que no era mucho. En aquellos momentos estábamos solos en la estancia, así que todas las mesas se encontraban vacías, si bien sobre la gran mayoría descansaba algún pergamino o algún libro, como si estuviesen esperando a un monje que desvelase sus secretos.

Rajiv levantó la vista y nos sonrió.



—¿Qué necesita jóvenes? —dijo.

También hablaba nuestro idioma, pero de manera menos perfecta que Ganesh y aun así ya era mucho mejor de lo que Eric o yo podíamos comunicarnos en el suyo.

—Estamos buscando información sobre la Campana de Jade.

El rostro del monje adoptó un gesto de curiosidad, sin embargo, no hizo preguntas. Se puso en pie, era mucho más alto de lo que nos había parecido sentado, delgado como un junco a pesar de los pliegues de sus ropas, y sus ojos parecían mirar mucho más allá de nosotros.

—Sigue a mí —dijo echando a andar entre las estanterías.

Ganesh se despidió de nosotros con una inclinación de cabeza y abandonó el edificio.

Eric y yo seguimos al anciano a través de pasillos y encrucijadas hasta una pequeña habitación.

—Aquí todo sobre Campana de Jade. Buscar, leer, preguntar cuando no sepas. Yo ayudo.

Rajiv nos dejó allí no sin antes traernos varias lámparas de aceite que colgó en distintos ganchos alrededor de los muros de la habitación.

—Cuidado —dijo antes de abandonar la estancia—. Fuego amigo peligroso de libro y papel. Lo abraza y mata.

Suspiré y miré a Eric.

—Vale, espero que hayas traído tu dispositivo, vamos a necesitar traducción.

—Por supuesto, nunca salgo sin él —contestó mi amigo extrayéndolo del bolsillo de su traje negro.

El proceso fue muy lento; yo cogía uno de los pergaminos, lo estiraba sobre la mesa y lo sujetaba mientras Eric lo escaneaba con su dispositivo, después esperábamos unos segundos al resultado de la traducción.

Estuvimos horas y horas en aquella habitación. Horas angustiosas, pues el tiempo corría en nuestra contra. Encontramos numerosas menciones a la campana, a cuál más frustrante que la anterior. Cada uno de los textos contaba una historia distinta. Algunos hablaban de que la campana había sido creada por un emperador llamado Ashoka el Grande, en el siglo IV a. C.

Otros textos atribuían la campana a las dinastías Licchavi, Thakuri o Malla. Contaban que la había creado un orfebre mítico,

un herrero de gran habilidad, un hechicero oscuro. Que la había encargado un rey enamorado, un ministro, un gran potentado. Todos ellos querían algo de la campana. Había sido creada con un propósito terrible y tenía un poder aún más terrible.

Y no sabíamos cuál.

Porque todas y cada una de las partes de la historia que seguían a su creación habían sido tachadas, raspadas de los pergaminos o directamente arrancadas.

—Esto es una pérdida de tiempo —comenzaba a desesperarme tras tantas horas de búsqueda sin resultados—. A este paso nos va a llevar años encontrar algo realmente útil sobre la campana. Y mi madre e Irma puede que sepan ya dónde se encuentra… Nos deben de llevar muchísima ventaja.

—Tiene que haber algo aquí.

—Sí, pero ¿dónde? —pregunté extendiendo mis brazos y señalando las estanterías—. Esto está lleno de menciones a la campana, pero nada que nos acerque a ella…

—Tarde o temprano lo encontraremos. Quien nos trajo hasta aquí sabía que la información estaba en este lugar. Solo tenemos que seguir buscando.

Poco después, Ganesh entró en la estancia con una bandeja llena de comida.

—Es tarde y lleváis todo el día sin comer, así que os he traído esto —dijo posando la bandeja sobre la mesa en la que estábamos trabajando—. Solo cuidad de no ensuciar ninguno de los pergaminos, Rajiv me mataría.

El monje estaba a punto de retirarse cuando se me ocurrió algo.

Tal vez funcionase.

—Ganesh, espera, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Puedes, pero serán dos. Acabas de hacer una.

—Vale, que sean dos —sonreí—, ¿dónde puedo encontrar información sobre la localización de la Campana de Jade?

—Ah, eso no está aquí —contestó el monje.

—¿Y dónde está? —preguntó Eric.

—En la Gran Biblioteca de Kipan.

—¿Y esto qué es? —pregunté extendiendo los brazos para señalar con ellos a todos los libros y pergaminos que nos rodeaban.

—Esta es la Pequeña Biblioteca de Kipan.

Si esta era la pequeña no quería ni pensar cómo sería la grande…

—Pero tú dijiste que aquí encontraríamos información sobre la campana —protesté— y, de momento, lo único que hemos averiguado es cuándo y dónde se hizo… No mucho más.

—Y eso es información —afirmó Ganesh.

Respiré profundo para tranquilizarme antes de continuar hablando.

—De acuerdo, tienes razón —dije llevándome dos dedos al puente de la nariz mientras pensaba cómo formular la siguiente pregunta—. Entonces, ¿dónde encontramos la Gran Biblioteca de Kipan?

—En lo alto de la montaña, por supuesto.

—¿Podemos subir ahora?

—No podéis.

—¿Y cuándo podemos subir?

—No podéis.

—¿Mañana podremos subir?

—No podréis.

Se hizo el silencio durante unos instantes, no entendía por qué insistía en que no podíamos subir… Algo estaba haciendo mal, pero no sabía qué.

Vi cómo Eric se rascaba la cabeza con gesto pensativo, poco después le escuché hacer una pregunta.

—¿Puede subir Amanda ahora? —Su voz dubitativa me dijo que él tampoco las tenía todas consigo.

De nuevo mi amigo me sorprendía. Ni en un millón de años se me habría ocurrido preguntarlo así.

—Puede. —Ganesh sonrió al ofrecer su respuesta.

—¿Dónde está el camino a la Gran Biblioteca? —contraatacó

Eric.

—Rajiv os lo indicará cuando Amanda esté preparada.

—¿Qué puedo esperar durante esa subida? —Por probar no perdía nada.

—Viento, roca, nieve y frío.

Por lo menos lo había intentado. No es que me hubiese aclarado nada, pero lo había intentado.

Ganesh salió de la habitación dejándonos llenos de dudas, como si antes hubiésemos tenido pocas…

—¡Qué fuerte! Tendrás que subir la montaña tú sola. Llévate mi dispositivo, lo necesitarás para traducir los pergaminos.

La siguiente media hora la dedicamos a que yo aprendiese cómo funcionaba el pequeño ordenador de Eric.

Cuando estuve preparada, o todo lo preparada que iba a conseguir estar, fuimos a hablar con el monje bibliotecario. Nos costó un rato encontrar su mesa, de hecho, nos perdimos dos veces antes de dar con el monje.

No, en serio, si aquella era la pequeña biblioteca, no me interesaba para nada saber cómo sería la grande, pero por lo visto, no iba a tener más remedio que saberlo.

—Buenas noches, Rajiv, necesito que me digas por dónde puedo subir a la Gran Biblioteca.

—No buena idea, joven —dijo el monje meneando la cabeza a un lado y a otro—. Peligro.

—Tengo que ir.

El monje se encogió de hombros y salió de detrás de su mesa.

—Tú no puede —dijo señalando a Eric—, no con ella. Tú después. Tú espera aquí.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Dos persona no puede subir junta. Puede hacerlo separada. Él espera aquí.

Vaya, no es que solo pudiese subir yo, es que había que subir de uno en uno. Miré a Eric y adiviné lo que estaba pasando por su cabeza.

—Ni lo pienses —resoplé.

—¿Por qué no? Si no encuentras nada, puedo ir yo…

—He dicho que no —le interrumpí—. No quiero que te pase nada en esa montaña.

—Montaña peligro —confirmó Rajiv.

Montaña peligro, pero me iba a enfrentar yo a él. No iba a permitir que Eric arriesgase su vida en la montaña para que yo encontrase a mi madre o la dichosa campana. Antes prefería perderle la pista.

—Rajiv, ¿qué peligros hay en la montaña? —Probé a ver si con él tenía más suerte que con Ganesh.

—Tormenta blanca. Hoy. Mañana bueno tiempo. Mañana puede subir bien.

Así que era eso, iba a intentar subir la montaña en plena tormenta de nieve… Tal vez fuese mejor esperar al día siguiente…

—Ayer bueno tiempo también. Mujer sube. Luego sube otra mujer —comentó Rajiv.

—¡¿QUÉ?! —Me alarmé—. ¿Cómo que mujer sube, luego sube otra mujer? ¿A qué te refieres, Rajiv?

—Ayer mañana subió mujer. Ayer tarde subió mujer diferente.

—¿Quiénes eran? —preguntó Eric.

—Trabajo de Rajiv no preguntar. Solo indicar.

Pues no, no iba a ser mejor esperar al día siguiente. Esas dos mujeres tenían que ser mi madre e Irma Dagon por fuerza. Porque ¿quién más podría estar buscando la Campana de Jade?

Y me llevaban más de un día de ventaja.

Tendría que arriesgarme y subir en plena tormenta de nieve.

16

Rajiv me llevó hasta la parte de atrás de la biblioteca, tiró de una de las lámparas de aceite que había en el muro.

Esperamos.

Nada sucedió.

Volvió a tirar.

Volvimos a esperar.

Siguió sin suceder nada.

Eric se rascaba la cabeza y miraba al monje con curiosidad. Yo pasaba el peso de mi cuerpo de un pie a otro, nerviosa.

Rajiv miró a un punto situado un poco a la derecha de donde nos encontrábamos y nos pidió permiso para pasar. Se detuvo frente a otra lámpara y tiró de ella.

Esperamos expectantes.

Una librería comenzó a girar sobre sí misma dejando a la vista un pasadizo.

El monje resopló aliviado.

—Nunca acuerdo cuál —dijo con una sonrisa avergonzada—. Cueva lleva a montaña. Solo sigue camino. Arriba Gran Biblioteca.

—Muchas gracias, Rajiv —contesté mirando a la oscuridad del pasadizo—. Tú ve a comer algo y a descansar, Eric.

—Ten mucho cuidado —pidió mi amigo.

Les di la espalda y di un paso adentrándome en el túnel.

—¡Espera! —El monje me detuvo—. Necesita esto.

Su mano derecha rebuscó en la estantería que había estado ocultando el pasadizo. Tras unos segundos, salió con una linterna de

las que se llevan en la cabeza.

—Oscuro, solo luna y estrella da luz arriba. Necesita esto —repitió tendiéndome la linterna.

Volví a darle las gracias mientras me colocaba la linterna y la encendía. Suspiré y volví a enfrentarme al pasadizo.

Esta vez, cuando hube dado unos pasos en su interior, nadie me detuvo. Escuché la estantería cerrándose a mi espalda.

—¡Pulsa palanca lado para entrar! —gritó Rajiv al otro lado.

—¡Ok! —contesté buscando la palanca. Cuando mis ojos dieron con ella memoricé su situación y continué avanzando.

Sentí el frío como cuchillas que se me clavaban en la cara y en las manos. Pulsé algunos botones en mi reloj y el mono que llevaba se hizo más grueso, la capucha se ajustó en torno a mi cabeza. Había perdido las manoplas, así que estiré las mangas para cubrirme las manos; sin embargo, aún podía sentir la dentellada del aire en la zona de la cara que no iba cubierta.

No quise pensar en la temperatura que haría en el exterior de aquella cueva, tal vez Benson no había calculado bien y se había quedado corto con la protección que ofrecían sus ropas contra aquel clima…

Por fin salí a la montaña y, efectivamente, la temperatura descendió varios grados con respecto a la del pasadizo. Me detuve antes de continuar y pulsé varios botones más de mi reloj. El mono se hizo más grueso aún… El problema era que, por muchas cosas que llevase mi traje, lo que no llevaba eran unas gafas. Las ráfagas de nieve y viento me golpeaban sin descanso, cegándome.

Iba a llevarme un ratito, tirando a largo, lo de subir la montaña.

Rajiv había dicho que siguiese el camino, lo que no había dicho era que, a la derecha del camino, que era del ancho aproximado de mi pie, lo que había era una pared de rocas… Y a mi izquierda… A mi izquierda se abría un precipicio con una caída que no supe calcular, más que nada porque no veía el fondo.

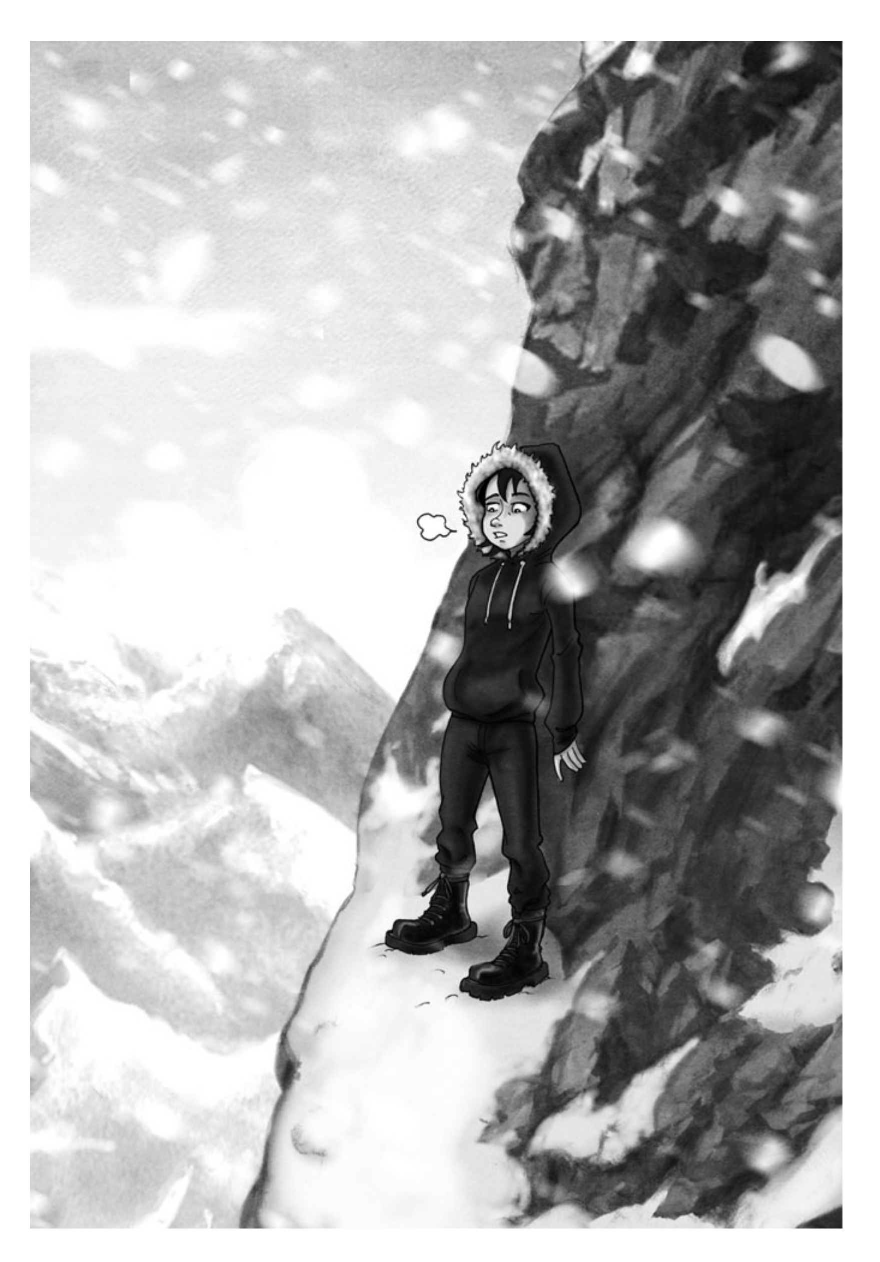
Comencé el ascenso casi a ciegas, luchando contra las ráfagas de nieve y viento que se empeñaban en empujarme hacia la muerte.

Un poco más adelante, el camino se ensanchaba, tampoco mucho, lo justo para que cupiese una persona sin tener que pegarse contra la pared natural que construía la falda de la montaña. Aun así, yo me pegué. Cuanto más pegada fuese a esa pared, más lejos estaría del precipicio. Y toda distancia me parecía poca.

Poco a poco fui comiéndome los metros que me separaban de la Gran Biblioteca.

De hecho, no la vi hasta que choqué contra ella.

Para ser la Gran Biblioteca, me decepcionó un poco.



Se trataba de una pequeña cabaña construida en piedra que tenía el tamaño de una habitación. En su fachada solo había una puerta de madera y una ventana con una celosía como la de la celda que ocupaba en el convento.

No era muy espectacular.

Me acerqué a la puerta y preparé los nudillos para golpearla.

La puerta se abrió sola.

—¿Hola? —saludé dando un paso en el interior. La luz de mi linterna iluminó la pared contraria, desnuda. Miré a mi alrededor.

Allí no había ni un triste libro. Ni pergaminos, ni documentos. Nada. Allí no había nada.

De repente la estancia se iluminó.

Un monje apareció frente a mí portando una vela.

Se trataba de un hombre muy anciano, apenas se veían sus ojos entre las arrugas, pero sus iris y pupilas cubiertos por un velo blanco me mostraron que era ciego. Su cabeza, perfectamente redonda, lucía una suave pelusa blanca como la nieve que caía en el exterior. Bajo los gruesos ropajes que llevaba para protegerse del frío, se adivinaba un cuerpo enjuto, sin apenas carne sobre unos huesos que ya no le permitían caminar del todo erguido debido al peso de los años. Su rostro, relajado, me indicó que no le extrañaba recibir una visita, no sabía si porque estaba habituado a ello o porque alguien desde el monasterio, y de algún modo que yo no llegaba a entender, le había avisado de mi llegada.

—Hummm, un visitante. Pase, pase, no se quede en la puerta, que se va el calor —pidió.

—Perdone, creo que me he equivocado de lugar… —Titubeé—. Estoy buscando la Gran Biblioteca del monasterio de Kipan…

—Entonces no te has equivocado. Estás en el lugar correcto — dijo el monje acercándose a una chimenea. Para ser ciego se movía con soltura por aquel espacio.

—Pero aquí no hay libros.

—Porque esto no es la biblioteca. —El hombre encendió el fuego en un instante con un gesto de su mano derecha.

—¿Y dónde está? Necesito buscar una cosa en ella —pregunté.

—La tienes delante. —El hombre puso una tetera en el fuego.

Decir que estaba confusa no llega a describir del todo cómo me sentí en aquel momento.

Miré al monje con el ceño fruncido intentando comprender lo

que me estaba diciendo. Mi silencio debió de darle una pista de lo perdida que me sentía ante sus palabras.

—No te preocupes, joven, llegaremos a ello a su debido momento. Ahora lo importante es que entres en calor —dijo tendiéndome un té—. Siéntate y bebe.

Obedecí al monje. Me acerqué a la única mesa que había en la habitación y me senté en una de las dos sillas que la acompañaban.

Rodeé el cuenco con las manos y sentí el calor que desprendía el líquido, casi hirviendo, del interior. Lo olfateé, olía a hierbas y flores, pero ni idea de cuáles serían. Soplé para enfriarlo y di un trago cauteloso.

El calor se extendió por todo mi cuerpo en apenas un instante. Bebí el resto del té con avidez.

—Muy bien, joven —dijo el monje con una sonrisa cuando dejé el cuenco sobre la mesa—. Ahora que sé que no vas a morir de frío, podemos hablar. ¿Qué quieres saber?

—¿Dónde está la Gran Biblioteca? —pregunté.

—Yo soy la Gran Biblioteca.

Mis cejas se alzaron por la sorpresa.

Resoplé.

Si Eric hubiese estado aquí, conmigo, seguro que ya lo habría adivinado.

Así que la Pequeña Biblioteca de Kipan era un inmenso edificio lleno de libros y pergaminos situado en el monasterio y aquel monje anciano, frágil y ciego que tenía delante y que vivía solo en lo alto de la montaña era la Gran Biblioteca de Kipan.

Todo muy lógico.

Aquellos monjes iban a volverme loca.

Me encogí de hombros. Si querían jugar así, jugaría.

—Ajá… Entonces, puedo preguntarle lo que quiera, ¿no? —dije.

—Correcto. Y yo contestaré si eres merecedora de ello.

—¿A qué se refiere? —me extrañé.

—No todo el que llega hasta aquí es merecedor del conocimiento que pide. Solo los puros de corazón saldrán de este lugar con las

respuestas que necesitan.

—¿Y quién decide si alguien es puro de corazón o no lo es? —pregunté.

—Yo, por supuesto —sonrió la Gran Biblioteca—. Soy mucho más de lo que ves.

Por supuesto, quién sino. Aquel hombre acumulaba en su interior conocimientos milenarios ya olvidados por el mundo, datos que nadie más tenía, información que no estaba disponible en ningún otro lugar. Por supuesto que era mucho más de lo que parecía.

Aquello que acababa de decirme me llevaba a más preguntas: ¿sería yo merecedora de aquel conocimiento? Al fin y al cabo, era una ladrona.

Y algo todavía más importante: ¿habrían sido mi madre o Irma Dagon merecedoras de la información que habían solicitado?

17

—Tu pregunta —pidió la Gran Biblioteca.

—Espere, espere… Antes de empezar, necesito que me diga las reglas. —No pensaba meter la pata con esto, a ver si iba a tener un número limitado de preguntas y las iba a gastar en tonterías—. Necesito saber cuántas preguntas puedo hacer, a cuántas respuestas tengo derecho… Esas cosas.

—Puedes preguntar lo que quieras —contestó él—. Si has llegado hasta aquí jugándote la vida, es lo mínimo. No todos los que lo intentan lo consiguen.

Sinceramente, viendo el camino, no me extrañaba nada.

Nos encontrábamos en el exterior de la cabaña, sentados los dos en la posición del loto. Uno enfrente del otro. A nuestro alrededor, el viento continuaba soplando, intentando arrancar la vida de la montaña. Los copos de nieve se arremolinaban en torno a nosotros sin llegar nunca a tocarnos.

Antes de sentarnos a la intemperie, la Gran Biblioteca había murmurado unas palabras que no pude entender a la vez que realizaba unos extraños movimientos con las manos, y ahora nos rodeaba un escudo dorado que nos protegía en su interior de la tormenta de nieve.

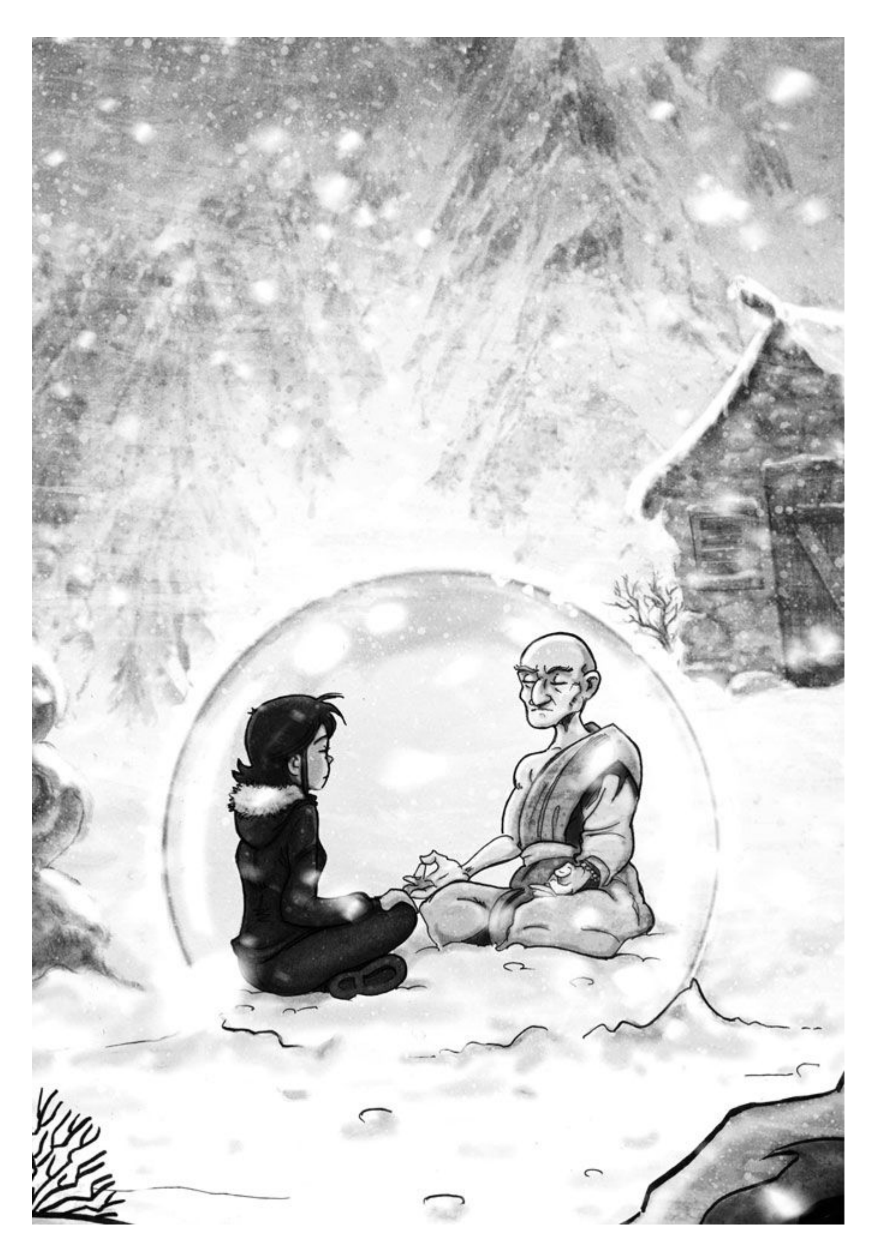
—De acuerdo, lo primero que quisiera saber es para qué sirve la Campana de Jade.

La Gran Biblioteca me miró fijamente, casi sentí como sus ojos recorrían mi interior, mis pensamientos, mis ideas, mis sueños, mis decisiones. Nada escapaba al alcance de aquella mirada. No había

nada que pudiese esconder del efecto de aquellos ojos ciegos.

—Lo que hace ese objeto es algo que nunca debería haberse hecho. Su poder escapa a la comprensión de este mundo. —Hizo una pausa—. Si la golpeas con la Daga de Jade, el tañido es capaz de traer de vuelta a los que se han marchado.

Medité sobre lo que acababa de escuchar. Cuando las palabras calaron en mi conciencia, un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.



—¿Quiere decir que puede traer de vuelta a los muertos? —pregunté con voz temblorosa.

El monje asintió.

¿Para qué querrían mi madre o Irma Dagon ese poder? La campana por sí sola no entrañaba ningún peligro, lo mismo que la

daga del museo, pero juntas podrían desatar fuerzas que la humanidad no era capaz de controlar. Eran incluso capaces de vencer a la muerte… Y mi madre ya tenía la daga en su poder.

—¿Se ha utilizado alguna vez?

—Oh, no, joven —negó el anciano monje—. Nosotros, los monjes de este monasterio, nos ocupamos de esconderla para que nadie pudiese utilizarla. Su poder es una aberración que no puede permitirse. Los muertos deben permanecer en sus tumbas.

—¿Y por qué no la destruyeron?

—No está en nuestra mano. Nuestro deber es conservar, como yo, que conservo el conocimiento que no está ya en los libros…

Medité sobre sus palabras unos instantes. De acuerdo, ellos no podían destruirla, pero yo sí podía.

Y pensaba hacerlo.

Antes de que pudiese causar algún daño.

—¿Dónde puedo encontrar la campana?

—En Katmandú, a la vista de todos, en el corazón de un guerrero.

Ya empezábamos con las adivinanzas… Iba a necesitar que concretase un poco.

—¿Puede concretar un poco? —pedí.

—Guru Gorkhanath.

No tenía ni idea de qué o quién podría ser ese tal Guru Gorkhanath, Eric y yo tendríamos que investigar.

—Y una última pregunta —pedí—. Dos mujeres llegaron aquí antes que yo… Necesito saber si ellas también consiguieron sus respuestas.

—No lo hicieron. —Sus ojos ciegos volvieron a clavarse en los míos—. Ellas no eran puras de corazón, querían utilizar la campana. Tú solo quieres encontrarla, pero no para utilizarla. Tú buscas otra cosa.

No me sacaban ventaja.

Continuaba en la carrera.

De hecho, iba en cabeza puesto que yo sabía algo que ellas no

habían podido conseguir.

Le di las gracias al monje y comencé a levantarme.

—Tal vez sea mejor que esperes aquí a que la tormenta pase —avisó la Gran Biblioteca.

—No, debo continuar, debo llegar antes que ellas. —El monje asintió en silencio. Me di la vuelta y me alejé unos pasos de él.

—Hay algo más —advirtió él. Volví a mirarle—. Corres peligro. La respuesta a tu anterior pregunta no es del todo exacta. Puedes confiar en una de esas dos mujeres. Ella tiene dudas, todavía no ha decidido qué hará con la campana si la consigue. La otra está más allá de tu alcance. No hay viaje de regreso del lugar en el que se encuentra, si da con la Campana de Jade, la utilizará. No permitas que eso suceda.

Fue mi turno de asentir en silencio y me di la vuelta para descender la montaña.

—Si sonase el tañido —se me había ocurrido otra pregunta—, ¿se podría deshacer el mal causado?

El anciano sonrió.

—La elegida tendría que destruirla.

—Yo soy la elegida, ¿no? —afirmé con un resoplido.

—La elegida es la única persona a la que le he dado el conocimiento que pedía a lo largo de todos estos siglos… Si mis cálculos no fallan, y no suelen hacerlo, esa eres tú, sí.

Me alejé de la Gran Biblioteca. Ya tenía todo lo que necesitaba de ella, ahora debía darme prisa; si mi madre e Irma no habían conseguido sus respuestas, no debían de andar muy lejos. Es lo que yo habría hecho: esperar a que llegase alguien más para escuchar la conversación. Y ellas sabían que tarde o temprano llegaría yo, ya que o bien Irma o bien mi madre, me habían sacado de la comisaría y me habían llevado hasta allí.

Miré a mi alrededor esperando encontrarme a una de ellas… O a las dos.

No sabía en cuál de las dos podría confiar, una me había vendido a las autoridades de Katmandú, la otra me había liberado

de la cárcel, pero ¿quién había hecho qué?

En ese momento recibí un mensaje en el dispositivo de Eric, el cual todavía llevaba conmigo. La tía Paula, por fin, se había decidido a ayudarme o, al menos, a contarme las cosas que sabía, tal vez animada por lord Thomsing, quien había viajado a la Mansión Black el mismo día que Eric y yo habíamos partido en dirección a Nepal. Mi tía confirmaba en su mensaje que tanto mi madre como Irma sabían cuál era el poder de la campana, se trataba de un conocimiento que la familia Black había tenido desde la creación del objeto, si bien nunca habíamos conocido su localización. Fue Cassandra, mi madre, quien eliminó del manifiesto todos los datos que poseíamos sobre la campana.

¿Y por qué lo sabía Irma? Mi madre y ella habían sido amigas, las mejores amigas. Inseparables, como Eric y yo. Después sucedió algo y aquello rompió su amistad. ¿Qué había sucedido? Eso la tía Paula no lo sabía con seguridad, aunque tenía ciertas sospechas. No quería decirnos nada a Eric y a mí hasta no tener algún tipo de confirmación.

Mi tía también había averiguado el nombre de la persona que nos había traicionado al llegar a Katmandú: Irma Dagon; y el de quien nos liberó de aquella cárcel: mi madre. Mi tía se despedía pidiéndonos nuestra localización para enviarnos equipo. Le di las gracias y le envié las coordenadas del monasterio, si bien yo dudaba de que el equipo fuese a llegar a tiempo.

En cuanto a lo que estaba a punto de sucederme… Bien, en cuanto a eso, creo que saber quién lo hizo ha sido uno de los golpes más duros que he recibido en mi vida y, si bien todavía no tengo muchos años, creo que pocas cosas más dolorosas hay que descubrir que tu madre ha estado a punto de matarte solo para conseguir sus fines. Pero recordad que yo, en aquel momento, no tenía ni idea de eso.

18

Descendía por el desfiladero de la montaña en dirección al monasterio, la tormenta de nieve era cada vez más violenta. Durante mi charla con la Gran Biblioteca, casi había conseguido olvidarme de ella, pero nada más abandonar la protección creada por el monje, el viento y los fríos besos de la nieve en mi rostro volvieron a recordármela.

Intentaba agarrarme a la pared de roca mientras las ráfagas de aire intentaban arrancarme de ella. Hasta ahí todo normal cuando estás en una tormenta de nieve. Se trataba de una pelea que, de momento, iba bastante igualada, parecía que el viento y yo habíamos llegado a un acuerdo mediante el cual a mí me costaba mucho resistir, pero él no soplaba más fuerte para vencerme. Si las cosas continuaban así, llegaría a mi destino con brazos y piernas doloridos, pero viva, que, a aquellas alturas, para mí era lo más importante. Tenía una campana de jade que encontrar y sabía dónde buscarla, en Katmandú… O, mejor dicho, tenía una pista muy importante para empezar a buscarla porque, ¿para qué iba a decirme la Gran Biblioteca dónde se encontraba la campana con exactitud pudiendo no hacerlo? Eric iba a estar muy entretenido averiguando dónde encontrar al guerrero ese, porque yo pensaba tirarme en la cama y dormir hasta que me cansase, no sin antes ir al comedor del monasterio, claro. Cuando Eric averiguase la situación del guerrero, nos pondríamos en marcha.

Ya casi estaba saboreando la deliciosa comida preparada por los monjes del monasterio cuando un rumor vino a sacarme de mis

pensamientos.

BRUBRUBRUBRUBRUBRUBRU.

Era un murmullo sordo, como cuando a Eric le sonaban las tripas, pero multiplicado por diez. A la montaña le sonaban las tripas y eso bueno, lo que se dice bueno, no podía ser. De cualquier manera, intenté mantener el optimismo.

Pude mantenerlo entre cinco y diez segundos más, ya que lo que había comenzado siendo un rumor que se escuchaba bastante lejano no tardó en transformarse en un rugido que se escuchaba bastante cercano.

Muy cercano.

Cada vez más cercano.

Levanté la vista y sobre mi cabeza vi una avalancha de nieve que se precipitaba en mi dirección.

No había mucho que pudiese hacer por escapar, así que me afané por agarrarme a la pared de roca lo mejor posible.

La avalancha me embistió arrancando mis dedos de la piedra y arrastrándome con ella. La nieve me rodeó y me hizo girar sobre mí misma con su fuerza, me zarandeó a un lado y a otro hasta que no supe si me encontraba en vertical o en horizontal. Yo manoteaba a mi alrededor intentando sujetarme a algo, a lo que fuese.

Por fin mis dedos se cerraron en torno a algo sólido. No podía ver qué era. La nieve tardó un instante más en dejarme atrás y continuar su descenso desbocado hacia el pie de la montaña.

Cuando todo pasó, y por todo me refiero a la avalancha, evalué mi situación.

Una vez evaluada, llegué a la conclusión de que no era muy buena: mi mano derecha se había conseguido sujetar a una raíz. El resto de mi cuerpo se balanceaba sobre un precipicio del que continuaba sin poder ver el fondo.

Me resultaba imposible trepar hasta el borde, hasta un lugar seguro. A mi cuerpo agotado y golpeado por la avalancha no le quedaban fuerzas para intentar salvarse.

Mis dedos, agarrotados por el frío, comenzaron a resbalar por la

raíz a la que se sujetaban. Mi vida pendía de un hilo, literalmente.

—¡Amanda! ¡Vamos, agárrate a mi mano!

Conocía esa voz, pero, desde luego, no esperaba escucharla aquí, en una montaña, en medio de una tormenta de nieve.

No, aquí no.

Esa voz pertenecía a fiestas lujosas con trajes de gala de precios prohibitivos, deliciosos canapés y cócteles con nombres impronunciables. A despachos en áticos. A mansiones inmensas y deportivos veloces y brillantes.

—¡Vamos, niña, no pierdas tiempo! ¡Sujétate! —volvió a decir.

Continué dudando. Si era ella la que estaba más allá de mi alcance, esta sería la oportunidad perfecta para acabar conmigo… Pero, entonces, ¿por qué intentar ayudarme? Podría haberme dejado ahí y yo habría terminado muerta, en el fondo de un precipicio del que nadie habría podido sacarme.

—¡Confía en mí!

Estaba paralizada, no me quedaba mucho tiempo. Tenía que decidirme y tenía que hacerlo cuanto antes.

—Vamos, Amanda, coge mi mano, por favor —pidió… O, mejor dicho, suplicó.

Ya no gritaba, solo me miraba ofreciéndome su mano, intentando coger mi brazo con ella. Sus ojos estaban muy abiertos, llenos de pavor.

Me columpié en un último intento por alcanzar aquella mano salvadora y sus dedos se cerraron en torno a mi antebrazo izquierdo. Justo a tiempo, porque en ese momento exacto, justo en ese, mi mano derecha decidió que ya había tenido más que suficiente y se soltó de la raíz a la que estaba sujeta.

Mi vida dependía ahora de Irma Dagon.

La mujer tiró de mí con todas sus fuerzas, y yo intenté ayudarla para que no tuviese que soportar todo mi peso. Me apoyé con los pies en la pared y, con un último esfuerzo, comencé a trepar hacia la seguridad que nos ofrecía la ladera de la montaña.

Caí a su lado, las dos resoplando, gastadas nuestras fuerzas tras

pelear contra la muerte. Gruesas gotas de sudor que quedaban congeladas al instante rodaban por nuestros rostros.

—¿Estás bien? —preguntó Irma—. ¿Tienes algo roto?

—No —dije intentando aún recobrar el aliento—. No, creo que estoy bien. Muchas gracias… ¿Qué ha pasado?

—Tu madre —contestó con tono lúgubre—. Tu madre es lo que ha pasado. No pensé que se atreviese… Ella provocó la avalancha, quería retrasarte. Intenté impedirlo, pero ya ves que no he podido.

—¿Mi madre? —No fui capaz de articular nada más inteligente.

—Mira, Amanda, las tres estamos aquí buscando lo mismo. Las tres sabemos ahora lo que te ha dicho la Gran Biblioteca. Y las tres haríamos cualquier cosa por conseguir esa campana… O eso creía yo porque, en el momento de la verdad, yo no he podido dejar morir a una niña de trece años… Pensé que Cassandra tampoco podría y menos si esa niña era su hija… Me equivoqué.

No supe qué decir ni qué creer. Irma podría estar mintiéndome… O podría estar diciendo la verdad, pero no tenía tiempo para averiguarlo. Tanto si era cierto como si no lo era, mi madre iba ahora en cabeza.

Y esto era una carrera contrarreloj.

—Te he salvado —continuó Irma—. No me debes nada, pero ahora he de marcharme. Tu madre no puede conseguir esa campana. Y si de mí depende, tú tampoco debes conseguirla.

Irma se levantó y se alejó de mí, hasta desaparecer en la oscuridad. Yo seguí tumbada al borde del precipicio durante unos instantes más, intentando digerir lo que acababa de escuchar. Lo que Irma acababa de decirme, que mi madre había intentado matarme, había sido un cuchillo que me había atravesado las entrañas. El dolor que sentía era paralizante, nunca había experimentado una tristeza así… Y ni siquiera podía llorar. No tenía tiempo para ello.

Si mi madre estaba más allá de mi alcance y, con lo que acababa de suceder, eso parecía, solo me quedaba vencerla.

Por fin reuní las fuerzas suficientes para levantarme. Mientras

sacudía la ropa miré a mi alrededor.

No tenía ni idea de dónde estaba.

Ya no había desfiladero. Frente a mí se abría una explanada envuelta en una mortaja de nieve en la que, aquí y allá, podían verse algunos árboles de hoja perenne cubiertos por un manto blanco.

Miré hacia el pie de la montaña, buscando el monasterio.

No había rastro de él.

O la nieve lo había engullido o me encontraba en el lado incorrecto de la montaña.

Aposté por lo segundo. O, mejor dicho, deseé que fuese lo segundo, ya que la primera opción significaba que, si era cierto lo que había dicho Irma Dagon, mi madre acababa de matar a cientos de personas, entre ellas a mi mejor amigo.

19

Caminé hacia los árboles buscando un camino por el que poder descender. Ya había buscado una ruta de bajada por el precipicio, pero era demasiado peligroso y yo me encontraba exhausta. Mejor encontrar algo menos escarpado.

Tenía que llegar a Katmandú cuanto antes y buscar al dichoso guerrero cuyo corazón escondía la campana. Adiós a mi idea de descansar. Mi madre nos sacaba mucha ventaja.

El crujido de la nieve un poco a mi izquierda me detuvo en seco.

No estaba sola allí.

Había alguien o algo más conmigo.

Me acerqué despacio hacia el lugar en el que había escuchado el crujido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunté a la oscuridad.

Esperé unos segundos.

—Nooo —llegó hasta mí una voz grave y profunda… Y un poquito temblorosa.

—Yo creo que sí hay alguien. —Fuese quien fuese, estaba bastante más asustado de mí que yo de él—. Sal, no voy a hacerte daño.

—¿Y si estás mintiendo?

—Si estuviese mintiendo, ya te habría hecho daño.

A pocos metros de mí, vi lo que me había parecido un enorme montón de piedras moverse. Se alzó sobre dos gruesas piernas hasta alcanzar una estatura de unos tres metros.

Di un par de pasos hacia atrás, asustada. ¿Qué era eso?

El montón de rocas se acercó a mí, despacio, con pasos pesados que hacían vibrar el suelo bajo mis pies. De ambos flancos se alzaron dos brazos del diámetro de troncos de árbol. Continuó acercándose a mí con los brazos levantados, como si le estuviese apuntando con un arma.

—No me hagas daño —pidió.

Una carcajada trepó por mi garganta y salió entre mis labios rompiendo la quietud de la noche.

—No podría hacerte daño aunque quisiera —expliqué—. Y no quiero hacértelo.

El ser llegó frente a mí y, por fin, gracias a la luz de la luna —había perdido mi linterna durante la avalancha—, pude verlo bien.

No era de piedra, de hecho, parecía más un peluche, un peluche descomunal, cubierto de pelo plateado desde la cabeza a los pies. Sus ojos asustados no iban a juego con lo amenazador del resto de su apariencia.

Era un yeti.

—¿Eres el yeti? ¿El abominable hombre de las nieves?

—¡No me llames eso! —se indignó dando un pisotón al suelo que hizo temblar todo a nuestro alrededor.

—¿El qué? ¿Abominable? Lo siento mucho —me disculpé—. No volveré a llamarte «abominable»…

—No, eso no me molesta —explicó—. No quiero que me llames «hombre». Nosotros no somos hombres. Los hombres son terribles como especie, están acabando con nosotros.

—¿Nosotros? ¿Hay más como tú?

—Claro, no quedamos muchos, pero sí algunos… Mi aldea no está lejos de aquí, puedes venir si prometes no decirle a nadie que nos has visto. Tienes aspecto de necesitar algo de ayuda.

—La verdad es que no me vendría mal. Me he perdido y tengo que llegar cuanto antes a Katmandú… Además, necesito saber si la gente del monasterio de Kipan se encuentra bien.

—De allí vengo yo. Están todos bien. Bajé a ver si necesitaban ayuda tras la avalancha… Ni siquiera les rozó.

El alivio me recorrió todo el cuerpo. Eric y los monjes no habían sufrido daño alguno, podía continuar con mi búsqueda.

—Entonces acepto encantada tu ayuda… Y prometo no hablarle a nadie de vosotros… Oye, una cosa… —Tenía una pregunta a la que llevaba dándole vueltas desde que habíamos empezado a charlar—, ¿cómo es que hablas mi idioma?

—¡Ah, eso! Siempre nos preguntáis lo mismo… Los yetis hablamos muchos idiomas, hasta aquí viene gente de todo el mundo y necesitamos entenderlos para ayudarlos cuando se pierden en la montaña o cuando tienen un accidente. Si no, sería un lío.

La verdad es que tenía toda la lógica del mundo.

—Por cierto, me llamo Amanda —me presenté tendiéndole la mano.

—Yo soy Kask —dijo envolviendo mi mano con su manaza y sacudiéndola con mucho cuidado.

Me guio a través de valles y bosques, ralentizando su paso para no adelantarse, ayudándome a atravesar grietas del terreno y hondonadas imposibles de cruzar para alguien de mi tamaño. Por el camino le fui contando quién era yo, a lo que me dedicaba y lo que me había llevado a Nepal. Le hablé del robo de la daga por parte de mi madre y de Irma. Cuando comencé a hablar sobre la Campana de Jade, Kask se detuvo.

—La campana es muy peligrosa —dijo en voz baja—. Los yetis no solemos mencionarla.

—Lo sé, Kask, la Gran Biblioteca me ha dicho lo que hace y dónde encontrarla… Debo evitar que…

—¿Has hablado con la Gran Biblioteca? —preguntó sorprendido—. ¿Y te lo ha contado todo sobre la campana?

—Sí, claro, acabo de decírt…

—Eso lo cambia todo —exclamó interrumpiéndome—. Durante siglos, muchos fueron los que preguntaron a la Gran Biblioteca, ninguno obtuvo respuesta. Tú eres la elegida… Y si la Gran Biblioteca te ha elegido, nosotros debemos ayudarte en todo lo que podamos. Vamos, tenemos que apresurarnos.



Emprendió la marcha con un gesto decidido en su rostro.

Para ser tan grande, Kask era muy delicado y atento conmigo. Me ofreció llevarme a su espalda para que yo no me cansase, no obstante, me negué; mientras pudiera caminar, lo haría. Andar me ayudaba a pensar y necesitaba hacerlo. Necesitaba trazar algún tipo

de plan para adelantarme a Irma y a mi madre… Lo malo era que no se me ocurría nada. No tenía forma de llegar a Katmandú y de avisar a Eric, todo a la vez. Y necesitaba que Eric me ayudase a encontrar al guerrero que había mencionado la Gran Biblioteca.

Tras una caminata de un par de horas, llegamos a la aldea de Kask. Se encontraba oculta en la ladera de la montaña, en una cueva excavada en el hielo. De la bóveda natural que servía como techo, situada a muchos metros del suelo, colgaban estalactitas iluminadas desde dentro que vertían una luz cálida y brillante por los muros de la cueva haciendo que todo brillase como si fuese de día. Allí no llegaban los rayos del sol, sin embargo, el interior era de todo menos oscuro y lóbrego.

Unas cuantas cabañas, construidas también con bloques de hielo, salpicaban el espacio dentro de la caverna. De ellas entraban y salían más yetis, todos ocupados en sus quehaceres. Cuando nos vieron, se acercaron a nosotros, temerosos.

—Venid, no temáis —dijo Kask—. No pasa nada, Amanda no va a decir nada. Es la elegida.

Los yetis más jóvenes perdieron el miedo enseguida y se acercaron a mí con curiosidad; los mayores tardaron más en abandonar la cautela. Habían tenido demasiados encontronazos con los humanos.

Se trataba de un grupo muy pequeño: doce yetis adultos y tres niños… O al menos yo pensé que serían niños, por el tamaño, más que nada. Apenas medían un metro ochenta. A pesar de compartir ciertas características —todos eran muy altos y fuertes y sus cuerpos estaban cubiertos de un pelo suave, fino y largo—, era fácil diferenciar a unos yetis de otros, sobre todo por el color de su pelaje. Algunos lucían un pelaje verde; otros, de un azul parecido al del cielo de primavera; otros, plateado, como Kask; y otros, en un púrpura brillante. Los niños tenían los pelajes en tonos pastel, uno melocotón, otro rosa y otro en un amarillo suave como el del trigo en verano.

Una vez reunidos a nuestro alrededor, Kask les contó en su

idioma todo lo que yo ya le había contado a él. De su boca salieron unos sonidos, parecidos a los del viento, que formaban una melodía, a ratos más pausada, a ratos más violenta, en ocasiones casi un murmullo, como un soplido suave. Cuando Kask puso punto final a su canción, algunos yetis hicieron preguntas. Cada una de las canciones era diferente a la anterior, uno cantaba con los trinos de diferentes aves, otro hacía sonidos que me recordaron a los del océano, otro entonó un ritmo que era como un entrechocar de rocas… Yo estaba hipnotizada por sus voces, sus melodías, todas dulces y sosegadas. Kask contestó a todas las preguntas con su canción del viento.

Cuando la reunión llegó a su fin, los yetis ya tenían un plan.

20

—Yo te llevaré a Katmandú, nos acompañará Männipuu —dijo Kask señalando a un yeti de pelaje azul intenso—. Tendrás que permitirnos que te llevemos, de lo contrario nos retrasaríamos mucho. Nosotros podemos recorrer largas distancias en muy poco tiempo… Tenemos nuestros secretos —añadió con una sonrisa—. Vaher y Tamm se acercarán al monasterio a por Eric y le traerán aquí. Nosotros no entraremos en la ciudad. No debemos. Correríamos mucho peligro allí.

Vaher y Tamm alzaron sus manos y me saludaron, el primero era verde como las agujas del pino y su rostro sonreía tranquilo; el segundo era de color dorado, tenía el pelaje más hermoso que había visto hasta el momento: no era un dorado cualquiera, no, en los puntos en los que la luz incidía sobre su pelo, se alzaban pequeñas motas, como chispas, también doradas, que bailoteaban a su alrededor. Me quedé mirándole hipnotizada durante unos instantes antes de poder continuar. Por fin, fui capaz de formular la siguiente pregunta.

—¿Y cómo me comunico con Eric? —pregunté—. Necesito que me ayude a encontrar al guerrero…

—No, no necesitas encontrar al guerrero, necesitas sacar la campana de Nepal y guardarla en ese lugar tuyo… Esa galería… Aquí ya no está segura. Sabemos dónde está el guerrero… Los yetis llevamos habitando estas tierras desde antes de que apareciese el hombre, conocemos todos los lugares. Lo sabemos todo. Lo vigilamos todo. Hemos cuidado de esa campana con ayuda de la

Gran Biblioteca durante demasiado tiempo. Ahora es tu turno. No permitas que suene su tañido. Los vivos no deben compartir su tiempo con los muertos.

El plan era sencillo: yo iría a por el guerrero con el mapa que me habían proporcionado los yetis, Kask lo había dibujado para mí. La campana se encontraba dentro de una estatua del guerrero Guru Gorkhanath, en un templo de la ciudad. Yo extraería la campana de su interior. Mientras tanto, Eric contactaría con Benson o con la tía Paula para que enviasen un transporte a las montañas en lugar de al monasterio, antes yo le entregaría el dispositivo a Vaher y Tamm para que se lo devolviesen a mi amigo. Una vez me hiciese con la campana, me dirigiría al lugar de reunión donde Kask y Männipuu estarían esperándome para regresar aquí. Después solo necesitaríamos escondernos en el hogar de los yetis hasta que llegase el transporte para regresar a nuestra ciudad.

El único cabo suelto o, mejor dicho, los únicos cabos sueltos, eran mi madre e Irma, pero no podíamos hacer nada con ellas más allá de esperar que llegasen después que yo.

Con el plan ya establecido, nos sentamos a comer. Necesitaba recuperar fuerzas, no podía olvidar que había subido una montaña en medio de una tormenta de nieve, me había caído por un precipicio y, después, había caminado varias horas hasta llegar a la aldea yeti. Había tenido lo que se conoce como una «noche tranquilita».

Partiríamos después de que yo hubiese descansado un poco. Tampoco mucho, el tiempo apremiaba.

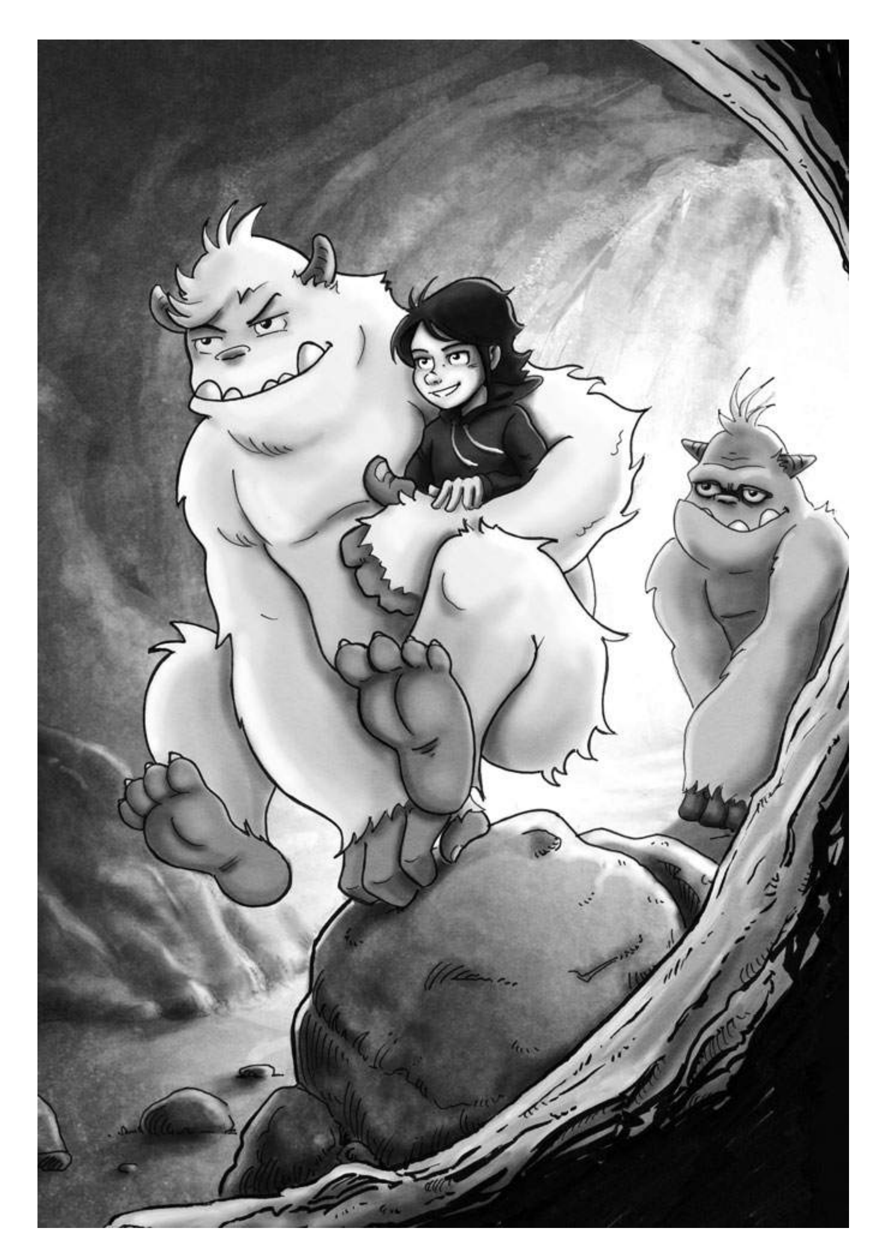
Cuando hube descansado, partimos hacia Katmandú. Me despedí de los yetis y les di las gracias por su ayuda. Escribí un mensaje para Eric que entregué, junto al dispositivo de mi amigo, a Vaher y Tamm; en él solo le decía que confiase en los yetis e hiciese lo que ellos le dijesen, si no, dudaba mucho de que mi amigo se prestase a acompañarles así, sin más.

El viaje a Katmandú nos llevó varias horas más. Los yetis eran veloces, mucho; no obstante, la distancia hasta la ciudad era muy

grande. Viajamos a través de cuevas, subterráneos y pasadizos excavados a lo largo de los siglos por los yetis. Llevaban mucho tiempo viviendo bajo tierra, temerosos del exterior, intentando ocultar sus huellas, escondiéndose de los hombres. Salían solo para ayudar a aquellos que lo necesitaban, como Kask, que había ido al monasterio tras la avalancha. En ocasiones, alguien le hacía una fotografía a uno de ellos y durante meses se volvía a desatar la fiebre por capturarlos o matarlos.

El ser humano les temía y ellos temían al ser humano.

Kask y Männipuu me contaron que siglos antes había varias tribus de yetis por todo Nepal, poco a poco fueron retirándose a las montañas, cada vez más alto, cada vez más aislados, donde los humanos no pudiesen alcanzarlos. Aun así, solo quedaban los que yo había visto. No había más. En ningún lugar del mundo.



El resto del viaje transcurrió en silencio, no había nada que pudiese decir para consolarles, nada que pudiese hacer en aquellos momentos para ayudarles. Estaban condenados, lo sabían y lo habían aceptado. Lo que sí podía hacer por ellos era tener la boca cerrada sobre su existencia y ganar la carrera por la Campana de

Jade… Y… Bueno, a lo mejor a Benson se le ocurría algo que les hiciese un poquito más fácil continuar escondidos para el resto del mundo. Tendría que preguntarle cuando volviese a casa. Necesitaba ayudar a los yetis del mismo modo que ellos me habían ayudado a mí, sin pedir nada a cambio. Necesitaba salvarlos de su destino.

Salimos a la superficie cuando ya casi amanecía, las luces de la ciudad parpadeaban compitiendo con el sol que se desperezaba rojizo en el horizonte.

—Aquí nos separamos —dijo Kask—, pero solo por ahora. Ya sabes dónde tienes que ir y lo que tienes que hacer. Toma esto, lo necesitarás.

Tendió el puño cerrado en mi dirección. Estiré la mano bajo la suya y Kask abrió los dedos dejando caer varias monedas y billetes en mi palma.

—¿Para qué lo necesito?

—Lo sabrás cuando llegues a Katmandú.

Me encogí de hombros, guardé el dinero en el bolsillo de mi traje y me di media vuelta enfrentándome a la distancia que me separaba de mi objetivo. No era mucha, pero tampoco era poca ya que pensaba recorrerla a la carrera. Si esto era una cuestión de velocidad, pensaba ganar.

Kask y Männipuu desaparecieron en el interior del pasadizo por el que acabábamos de salir. Esperarían allí a mi regreso.

Llené mis pulmones expulsando el aire entre mis labios varias veces y, a continuación, eché a correr.

21

Cuando llegué a Katmandú, me sorprendió una riada de gente que bailaba por las calles, con sus rostros enfundados en máscaras de brillantes colores. El aroma especiado de la comida que se cocinaba en los puestos callejeros golpeó mi nariz haciéndome salivar como un perro delante de una golosina.

Frené en seco.

Mi mandíbula estaba casi desencajada por la sorpresa.

¿Qué sucedía? ¿Por qué había cientos de personas en la calle a esa hora? Y, sobre todo, ¿por qué llevaban todos máscaras?

Miré a mi alrededor intentando sobreponerme, pero el espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos me hipnotizó. Debía de tratarse de alguna fiesta local de la que yo, obviamente, no tenía ni idea.

Un dios de careta dorada y cabellos rojos como el fuego recorría la calle. A su alrededor, los habitantes de la ciudad bailaban y cantaban con alegría llenando todo el espacio antes reservado a los coches y a las motocicletas.

Vale, cambio de planes.

Podía ir olvidándome de recorrer las calles de Katmandú a la carrera. Con toda aquella gente podría avanzar, como mucho, a la velocidad de un caracol después de haberse dado un festín.

Un rápido cálculo mental me indicó que podría llegar al templo en el que se ocultaba el guerrero unos tres días más tarde. Además, era la única persona que llevaba el rostro descubierto. Todos se quedaban mirándome, incluso los más pequeños me señalaban

como si fuese un exótico animal en un zoológico. Si quería discreción a la hora de robar la Campana de Jade, lo mejor iba a ser que me hiciese con una de aquellas máscaras.

Las palabras de Kask al entregarme el dinero volvieron a mí: «Lo sabrás cuando llegues a Katmandú».

Para esto me había dado las monedas y los billetes, para que me comprase una careta y así poder pasar desapercibida entre el bullicio.

Me acerqué al puesto más cercano y curioseé entre las que allí había expuestas. Todas eran de papel maché y estaban pintadas en colores brillantes: azul, rojo, naranja, amarillo… Unas recordaban a demonios, con colmillos y cabellos despeinados alrededor de la cabeza; otras tenían rasgos animales; otras lucían ojos enormes y una corona; y, otras, semejaban una calavera sonriente. Elegí una de las últimas, la pagué y me la coloqué sobre el rostro.

Con mi disfraz, me resultó mucho más fácil avanzar entre aquella riada de personas, pero, aun así, seguía yendo más lenta de lo que a mí me hubiese gustado.

Necesitaba cambiar de estrategia. Tenía que ir más rápido. Debía llegar la primera a la campana.

Entré en un pequeño y estrecho callejón a un lado de la calle. Una rata caminaba perezosa en busca de algo que llevarse a la boca, se detuvo sobre un charco frente a mí y sus ojillos rojos se clavaron en los míos, retadores.

—Tengo demasiada prisa como para entretenerme contigo —murmuré.

La rata perdió interés enseguida. Se aproximó a unas bolsas de basura y comenzó a rasgarlas con sus dientes.

Allí solo estábamos aquel roedor y yo. Nadie a mi alrededor. Podía utilizar los dones Black sin peligro.

Miré hacia arriba buscando una ruta por la que ascender.

Ante mí se abrió un camino hecho de cuerdas de tender, alféizares de ventanas y estrechos balcones. Paso a paso fui escalando por ellos con la mirada hasta que mis ojos alcanzaron la

azotea.

Comencé a trepar. Esta vez de verdad. En pocos segundos estaba en el tejado. Miré hacia abajo, la multitud se veía ahora más pequeña.

Extraje el mapa del bolsillo de mi pantalón y memoricé el camino hasta el templo de Guru Gorkhanath, en cuyo interior se conservaban varias estatuas dedicadas al guerrero.

Corrí por los tejados de la ciudad, saltando de uno a otro sin descanso. No quedaba mucho tiempo y no podía fallar, la humanidad dependía de ello.

Un salto y otro y otro. En una ocasión estuve a punto de caer al suelo, pero en el último momento pude sujetarme a una cornisa.

Miré al suelo, donde la fiesta continuaba.

Con un impulso de los brazos, volví a encaramarme y continué corriendo.



Mi madre e Irma podrían llegar al templo, pero tendrían que buscar en todas las estatuas.

Yo sabía cuál buscar, cuál era la correcta.

Y esa era mi única ventaja.

22

Me preparé para otro salto, cogí impulso y mis piernas se alzaron del suelo.

Mi cuerpo flotaba entre dos edificios, la siguiente azotea cada vez estaba más cerca de mis pies, mi cuerpo se preparaba para amortiguar el impacto.

Algo me golpeó en un flanco en pleno vuelo.

Comencé a caer al vacío dando volteretas en el aire.

Me preparé para el golpe contra el suelo; sin embargo, caí sobre algo blando.

Un toldo.

Reboté en él y continué cayendo unos metros más.

Conseguí ver otro toldo que se acercaba a toda velocidad. Lo siguiente que había era el asfalto. Podría rebotar de nuevo contra el toldo y caer de manera controlada.

Me preparé.

Llegué al toldo.

Esta vez no reboté.

Lo atravesé con mi peso y caí de culo sobre un puesto de máscaras.

Me levanté esquivando los gritos del dueño del puesto, intentando mantener lo poco que me quedaba de dignidad.

No lo logré.

Alcé la vista.

¿Qué me había derribado?

A mí me había parecido un misil, pero la escasez de cascotes a

mi alrededor me hizo pensar que no lo había sido.

Había sido una persona.

Y su cabeza acababa de desaparecer por el borde de la azotea.

Me desembaracé del tendero como pude y comencé a trepar de nuevo por la fachada del edificio. No me llevó demasiado tiempo llegar a lo más alto. Una vez allí miré a mi alrededor.

¡Ahí estaba!

Me había derribado una mujer, no sabía si mi madre o Irma Dagon. Vestía de negro, cubría su cabello con una capucha y su rostro con una máscara similar a la que yo misma llevaba, pero no me sacaba mucha ventaja ya que había cometido el error de quedarse mirando mi caída.

Apreté el paso.

Poco a poco fui acortando la distancia entre nosotras. Al fin y al cabo, yo era más joven y entrenaba a diario.

La mujer, ataviada con una de aquellas máscaras, se dio cuenta y cambió de estrategia.

Comenzó a descender en dirección a las calles abarrotadas de gente.

La ignoré.

Yo no quería alcanzarla, solo quería llegar antes que ella al templo, así que continué saltando de edificio en edificio hasta que llegué al último antes del templo. Alrededor de él se extendía una explanada, ahora poblada por cientos de personas enmascaradas. En esa explanada vi a la mujer que me había derribado. Se abría paso a empujones, cada vez más cerca del edificio que albergaba al guerrero.

Descendí hasta el suelo saltando de balcón en balcón y comencé la persecución.

Yo era más pequeña y delgada, por lo que me costaba menos colarme entre el maremágnum de cuerpos que se interponían entre nosotras. La tenía pocos pasos por delante de mí.

Corría con la mano extendida, intentando atraparla, pero siempre conseguía eludir mi presa.

Aparté a alguien de un empujón, salté por encima de un niño que iba sujeto a la mano de su padre, esquivé a un anciano con una careta muy parecida a la mía y, por fin, la tuve a mi alcance.

Habíamos dejado atrás a todas aquellas personas disfrazadas y habíamos penetrado en el recinto del templo.

Un hermoso jardín se extendía a nuestro alrededor. En el centro del mismo, rodeado de flores de llamativos colores, se alzaba el edificio del templo; sin embargo, no tenía tiempo para detenerme a disfrutar del aroma de las flores.

En el jardín del templo no había nadie más que ella y yo.

Me lancé sobre la mujer y rodamos ambas por el suelo hasta caer en una fuente habitada por nenúfares rosas. Por suerte, no era muy profunda. Forcejeamos durante unos segundos entre las plantas acuáticas hasta que la mujer consiguió hundir mi cabeza. Comencé a ahogarme. Me sumergí un poco más para soltarme de su agarré y, con una patada, por fin me deshice de ella. Emergí escupiendo agua y manoteando, intentando beberme el aire. Conseguí apoyarme en el fondo con mis piernas y comencé a avanzar de nuevo en dirección al edificio.

Salí de la fuente antes que ella, pero desde el borde atrapó uno de mis pies y volví a caer de bruces sobre la tierra… No negaré que tragué un poco de arena.

Volví a alzarme sobre mis piernas. Entre toses y lágrimas conseguí llegar a las puertas del templo, las abrí de par en par de un empujón y corrí por el interior dejando atrás pasillos, hornacinas y columnas.

El aroma de las barras de incienso que se quemaban en los altares, suave y sedoso, penetró en mis fosas nasales. Era un olor agradable y relajante, pero yo no tenía tiempo para relajarme.

Una sombra se movió a mi derecha.

A continuación, otra sombra se movió a mi izquierda.

¡Las dos estaban ya en el templo!

Si continuaba avanzando hacia el guerrero, les indicaría su posición.

Frené en seco.

Las dos sombras, una a cada lado de mi posición, se detuvieron también, escondiéndose de mí.



Me encontraba en una encrucijada. Si iba hacia la estatua del

guerrero para hacerme con la Campana de Jade, ellas podrían quitármela; si no lo hacía, antes o después la encontrarían sin mi ayuda.

Miré a mi alrededor.

Solo había una entrada al templo. Se trataba de un edificio de planta rectangular con dos hileras de columnas de madera, una a cada lado y un pasillo central, donde yo me encontraba en aquellos momentos. Los muros laterales estaban decorados con estatuas, cada una en una hornacina, si bien solo había cinco de Guru Gorkhanath en todo el templo.

En la parte alta de los muros, unas pequeñas ventanas cubiertas por celosías de madera permitían el paso de algunos, pocos, rayos del sol, la única iluminación de la que disfrutaba el interior del templo, que se encontraba en su mayor parte en penumbra.

La estatua del guerrero se encontraba en la última estancia, antes había cuatro estatuas más de él.

Ya lo sentía, pero aquel edificio iba a sufrir algunos desperfectos.

Me encaramé a lo alto del muro de un salto y con un tirón seco arranqué una de las celosías. Salí por aquella ventana. Les deseaba suerte si querían seguirme, era tan estrecha que a duras penas conseguí pasar por el hueco. Ellas, dos mujeres adultas, no cabían.

Trepé hasta el tejado y me lancé en una carrera ciega hasta el guerrero. Las tejas resbalaban a mi paso consiguiendo casi que tropezase, apreté el ritmo hasta apenas rozar la superficie bajo mis pies. Cuando alcancé el final del tejado, me eché sobre la tripa y repté sobre ella hasta otra de aquellas ventanas con celosías.

Di una patada a la madera, que se astilló. Di una segunda patada. Conseguí quebrarla por completo.

Metí la cabeza por el agujero en el que se había convertido la ventana.

Lo que vi me heló la sangre en las venas.

Una de las mujeres yacía en el suelo, esperaba que inconsciente y no muerta. La otra se disponía a estampar la estatua, de barro,

contra el suelo.

No podía distinguir las facciones de ninguna de las dos, ya que ambas continuaban llevando una de aquellas caretas de papel maché sobre el rostro y capuchas que escondían sus cabellos.

—¡Mamá! —grité—. ¡Soy Amanda!

El chillido de la arcilla contra el suelo sonó en mis oídos como mil cristales rompiéndose a la vez, mezclándose con mi propio grito; sin embargo, la mujer no miró en mi dirección. Apenas un trozo de la cabeza del guerrero quedó intacto, todo lo demás yacía en diminutos pedazos a los pies de la mujer.

En el centro de aquel desastre, destacaba una pequeña pieza de jade.

La mujer se agachó, la recogió con ambas manos evitando que el badajo chocase contra el borde de la campana, la envolvió en una tela y, antes siquiera de guardarla, echó a correr, escapando del templo.

Salté al suelo y comencé, de nuevo, la persecución.

Atravesé todo el templo a la carrera, empezaba a hartarme de tanto correr.

Salí al exterior, donde el sol me cegó durante unos segundos. Cuando conseguí acostumbrarme a la luz, busqué con la mirada a la ladrona.

En el jardín no había nadie más que yo.

Corrí hasta la valla que rodeaba el templo y me encaramé de un salto a ella. Escudriñé entre los cientos de cabezas que continuaban la fiesta en la explanada frente al templo.

No había ni rastro de la mujer.

Se la había tragado la tierra.

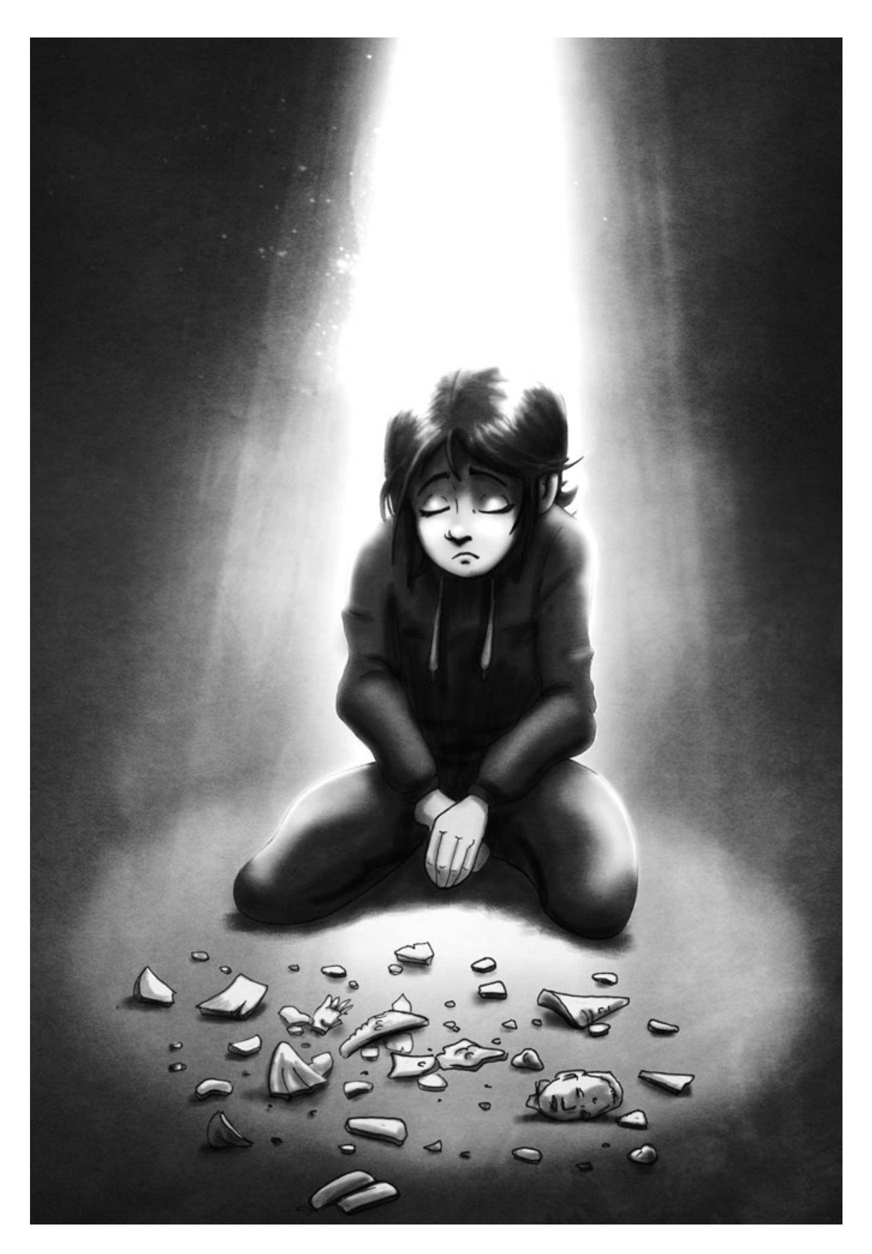
Salí al barullo y avancé despacio. Miraba a todos aquellos con los que me cruzaba, levantaba máscaras aquí y allá intentando dar con la mujer, con la campana. La gente se enfadaba, me increpaba, algunos hasta me empujaron, pero debía dar con ella. Continué avanzando, arrancando caretas de rostros que resultaban ser desconocidos.

Así llegué hasta el borde de la explanada. Corrí alrededor de la plaza mirando las calles que se abrían a su alrededor, todas plagadas de personas disfrazadas, todas llenas de seres humanos que festejaban.

En ninguna vi nada que me diese una pista sobre la ladrona.

Había conseguido huir con la Campana de Jade. Regresé al templo, necesitaba saber cuál de esas dos mujeres se había hecho con ella. Penetré de nuevo en el ambiente sosegado de aquel edificio y corrí hacia la habitación en la que había reposado la estatua del guerrero hasta entonces.

Cuando llegué, me recibieron los pedazos de barro de la estatua, quebrados, irrecuperables, sobre el suelo.



Nada más.
Nadie más.
Había fracasado.
No sabía quién la tenía.
Había perdido la campana, sí, pero, sobre todo, había perdido a

mi madre de nuevo.

El poder de la Campana de Jade estaba sin control y era culpa mía.

23

—Tía Paula, lo siento, he fracasado —dije abrazando a mi tía cuando estuvimos de vuelta en la Mansión Black y le hube contado nuestro viaje a Nepal de principio a fin.

—No lo has hecho, cariño. Esto no es culpa tuya. —Mi tía me devolvió el abrazo.

Eric estaba tan desolado como yo. Durante el viaje de regreso a nuestra ciudad le había puesto al corriente de todo lo sucedido en la montaña y en Katmandú. Lo único bueno era que Benson ya estaba trabajando en algo que pudiese esconder a los yetis del resto del mundo, devolviéndoles así el favor que nos habían hecho al cuidar de mí e intentar ayudarme en mi misión. Cuando se enteraron del resultado de la misma, no me juzgaron, solo dijeron que confiaban en mí para recuperarla y yo les había prometido que lo haría.

Y una vez estuviese en mi poder, la destruiría para que no hiciese daño a nadie. No, ese objeto era demasiado peligroso para guardarlo en la Galería de los Secretos, debía ser destruido.

Por otra parte, Eric había aprovechado muy bien el tiempo que habíamos estado separados en Nepal. Cuando los yetis le llevaron a su aldea y hubo recuperado su dispositivo, en lugar de quedarse cruzado de brazos, había hablado con Esme, se había sincerado con ella, le había contado su miedo a no ser suficiente, a no estar a su altura… Y mi amiga le había dicho, en resumen, que era tonto y que cómo iban a saber si estaban bien juntos si no lo intentaban siquiera, así que habían quedado para ir al cine y a tomar algo cuando regresásemos a nuestra ciudad… Y Eric había prometido no

dejarse vencer por sus miedos nunca más.

Me alegraba mucho por ellos dos, deseaba verlos felices a ambos, no en vano eran mis mejores amigos… No obstante, yo tenía algo más importante en lo que pensar, una vez estuvimos en el avión de regreso a casa, la verdad de todo lo sucedido en Nepal me había golpeado hasta dejarme hecha papilla de Amanda. Notaba un vacío en el centro del pecho que no había forma de llenar.

—Mamá intentó matarme para conseguir antes que yo la Campana de Jade —confesé, llorando por primera vez desde el incidente de la montaña. La tía Paula me abrazó aún más fuerte—. ¿A quién quiere traer de vuelta?

—No lo sé, hija, pero creo que puedo adivinarlo —comenzó—. Cuando tus padres desaparecieron, los busqué desesperadamente. Encontré su avioneta estrellada en la cordillera del Himalaya, había sido saboteada. Sigo sin saber por quién, tal vez Irma Dagon o tal vez fue un truco de Cassandra para que la diese por muerta, para que no la buscase más, para desviar las sospechas que yo empezaba a tener sobre ella.

—¿Sospechas?

—Hace mucho tiempo me llegaron algunos rumores, rumores que decían que tu madre era la culpable de la muerte de dos personas… Yo no quise creerlo, me negué, pero ahora… Ahora ya no sé qué pensar… Puede que fuese cierto.

—¿Quiénes murieron? —pregunté en un susurro.

—Los padres de Irma.

Ahogué un grito.

—Irma y Cassandra eran las mejores amigas del mundo. Como Eric y tú. Después, sus padres murieron. Durante algunos años, todo siguió igual, pero… bueno, a partir de aquí, todo lo que pueda decirte son suposiciones, cariño.

—Me da igual, dime qué crees que pasó —pedí.

—Creo que Irma averiguó de algún modo lo sucedido y fue entonces cuando Cassandra huyó, temía lo que Irma pudiese hacerle… O hacerte.

—Irma me ha salvado la vida… Podría haberme dejado morir en aquel precipicio y no lo hizo.

La tía Paula asintió, guardó silencio durante unos segundos antes de continuar.

—Ya te digo que todo esto son suposiciones, pero creo que tu padre murió en la montaña. No sé si en el accidente o después. Tienes que entender que tus padres estaban muy enamorados. Nunca he visto una pareja que se amase así… —Hizo una pausa, cerró los ojos, agachó la cabeza y suspiró. No quería creer lo que iba a decir, pero los hechos la llevaban a esa conclusión—. Y creo que tu madre está intentando traerlo de vuelta.

Medité sobre lo que acababa de escuchar.

—¿E Irma? ¿Qué pinta Irma en todo esto? ¿Por qué quiere ella la campana?

—Irma adoraba a sus padres, su muerte la destrozó. Nunca ha vuelto a ser la misma… Une la línea de puntos, cariño. Ambas pueden tener motivos para querer escuchar el sonido de esa campana… Y ambas se equivocan. No hay motivo válido para traer a los muertos de vuelta. Es un error.

Si la teoría de la tía Paula era correcta, el problema no era si mi madre o Irma tañerían o no la Campana de Jade, el problema era cuándo lo harían.

Teníamos que empezar a prepararnos para el momento en el que los muertos se alzasen.



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acuciantes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.